

SAMANIEGO, FÉLIX MARÍA (1745–1801)

*EL JARDÍN DE VENUS*

ÍNDICE

*El país de afloja y aprieta*  
*Los gozos de los elegidos*  
*Las entradas de tortuga*  
*El reconocimiento*  
*El piñón*  
*El conjuro*  
*El loro y la cotorra*  
*El voto de los benitos*  
*El cabo de vela*  
*El ciego en el sermón*  
*Las lavativas*  
*La fuerza del viento*  
*La postema*  
*La reliquia*  
*El ajuste doble*  
*La receta*  
*La poca religión*  
*Al maestro, cuchillada*  
*El cuervo*  
*La sentencia justa*  
*El raigón*  
*Los relojes del soldado*  
*Diógenes en el Averno*  
*La medicina de san Agustín*  
*Once y trece*  
*La oración de san Gregorio*  
*Los nudos*  
*La limosna*  
*A Roma por todo*  
*El resfriado*  
*El onanismo*  
*La paga adelantada*  
*Las tijeras del fraile*  
*Cualquier cosa*  
*El cañamón*  
*La linterna mágica*

*El «¿pues y qué?»*  
*El modo de hacer pontífices*  
*Las gollerías*  
*Diálogo entre un tío y un sobrino*  
*Las penitencias calculadas*  
*Las bendiciones en aumento*  
*Los calzones de san Francisco*  
*La peregrinación*  
*El panadizo*  
*El sueño*  
*El matrimonio incauto*  
*La discípula*  
*El dios Escamandro*  
*La procuradora y el escribiente*  
*La vieja y el gato*  
*El avaro y su mujer*  
*La vergüenza*  
*Las hijas del pobre*  
*La mercadera y el tuno*  
*La confesión*  
*El brocal*  
*El sombrerero*  
*La campanilla*  
*La pulga*  
*El miedo de las tormentas*  
*Las beatas*  
*El inquisidor y la supuesta hechicera*  
*El abad y el monje*  
*La gallega*  
*El pastor enamorado*  
*El fraile y la monja*  
*El cura y el muchacho*  
*Antonio y Pepa*  
*Soneto de Manuel*  
*Soneto a Nice*  
*La melindrosa*  
*La semana*  
*Dora y Dido*  
*Coplas del pájaro*  
*Quintillas*  
*Décimas*

*El país de afloja y aprieta*

En lo interior del África buscaba  
cierto joven viajero  
un buen pueblo en que a todos se hospedaba  
sin que diesen dinero;  
y con esta noticia que tenía  
se dejó atrás un día  
su equipaje y criado,  
y, yendo apresurado,  
sediento y caluroso,  
llegó a un bosque frondoso  
de palmas, cuyas sendas mal holladas  
sus pasos condujeron  
al pie de unas murallas elevadas  
donde sus ojos con placer leyeron,  
en diversos idiomas esculpido,  
un rótulo que hacía este sentido:  
«Esta es la capital de Siempre–meta,  
país de afloja y aprieta,  
donde de balde goza y se mantiene  
todo el que a sus costumbres se conviene».  
– ¡He aquí mi tierra!, dijo el viandante  
luego que esto leyó, y en el instante  
buscó y halló la puerta  
de par en par abierta.  
Por ella se coló precipitado  
y viose rodeado,  
no de salvajes fieros,  
sino de muchos jóvenes en cueros,  
con los aquellos tiesos y fornidos,  
armados de unos chuzos bien lucidos,  
los cuales le agarraron  
y a su gobernador le presentaron.  
Estaba el tal, con un semblante adusto,  
como ellos en pelota; era robusto  
y en la erección continua que mostraba  
a todos los demás sobrepujaba.  
Luego que en su presencia  
estuvo el viajero,  
mandó le desnudasen, lo primero,  
y que con diligencia  
le mirasen las partes genitales,  
que hallaron de tamaño garrafales.

La verga estaba tiesa y consistente,  
pues como había visto tanta gente  
con el vigor que da naturaleza,  
también el pobre enarboló su pieza.  
Como el gobernador en tal estado  
le halló, díjole: – Joven extranjero,  
te encuentro bien armado  
y muy en breve espero  
que aumentarás la población inquieta  
de nuestra capital de Siempre–meta;  
mas antes sabe que es el heroísmo  
de sus hijos valientes  
vivir en un perpetuo priapismo,  
gozando mil mujeres diferentes;  
y si cumplir no puedes su costumbre,  
vete, o te expones a una pesadumbre.  
– ¡Oh!, yo la dejaré desempeñada,  
el joven respondió, si me permite  
que en alguna belleza me ejercite.  
Ya veis que está exaltada  
mi potencia, y yo quiero  
al instante jo...  
– ¡Basta! Lo primero,  
dijo el gobernador a sus ministros,  
e apuntará su nombre en los registros  
de nuestra población; después, llevadle  
donde se bañe; luego, perfumadle;  
después, que cene cuanto se le antoje;  
y después enviadle quien le afloje.  
Dijo y obedecieron,  
y al joven como nuevo le pusieron:  
lavado y perfumado,  
bien bebido y cenado,  
de modo que en la cama, al acostarse,  
tan sólo panza arriba pudo echarse.  
Así se hallaba, cuando a darle ayuda  
una beldad desnuda  
llegó, y subió a su lecho;  
la cual, para dejarle satisfecho,  
sin que necesitase estimularlo,  
con diez desagües consiguió aflojarlo.  
Habiendo así cumplido  
las órdenes, se fue y dejó dormido  
al joven, que a muy poco despertaron  
y el almuerzo a la cama le llevaron,  
presentándole luego otra hermosura

que le hiciese segunda aflojadura.  
Ésta, que halló ya lánguida la parte,  
apuró los recursos de su arte  
con rápidos meneos  
para que contentase sus deseos;  
y él, ya de media anqueta, ya debajo,  
tres veces aflojó, ¡con qué trabajo!  
No hallándole más jugo,  
ella se fue quejosa;  
y otra entró de refresco más hermosa,  
que, aunque al joven le plugo  
por su perfección rara,  
no tuvo nada ya que le aflojara.  
Sentida del desaire,  
Ésta empezó a dar gritos, y no al aire,  
porque el gobernador entró al momento  
y, al ver del joven el aflojamiento,  
dijo en tono furioso:  
– ¡Hola!, que aprieten a ese perezoso.  
Al punto tres negrazos de Guinea  
vinieron, de estatura gigantea,  
y al joven sujetaron,  
y uno en pos de otro a fuerza le apretaron  
por el ojo fruncido,  
cuyo virgo dejaron destruido.  
Así pues, desfondado,  
creyéndole bastante castigado  
de su presunción vana,  
en la misma mañana,  
sacándole al camino,  
le dejaron llorar su desatino,  
sin poderse mover. Allí tirado  
le encontró su criado,  
el cual le preguntó si hallado había  
el pueblo en que de balde se comía.  
– ¡Ah, sí, y hallarlo fue mi desventura!,  
el amo respondió.  
– Pues ¿qué aventura,  
el mozo replicó, le ha sucedido,  
que está tan afligido?  
En esa buena tierra  
no puede ser que así le maltrataran.  
– Mil deleites, el amo dijo, encierra  
y, aunque estoy desplegado, yo lo fundo  
en que si como aflojan no apretaran,  
mejor país no habría en todo el mundo.

*Los gozos de los elegidos*

Iba un guardia de corps, lector amado,  
a más de media noche, apresurado  
a su cuartel y, al revolver la esquina  
de la calle vecina,  
oyó que de una casa ceceaban  
y que, abriendo la puerta, le llamaban.  
Determinó acercarse  
porque era voz de femenil persona  
la que el lance ocasiona,  
y sin dudar, a tienta  
de uno en otro aposento,  
callado y sin candil, dejó guiarse  
hasta que, al parecer, llegó la dama  
donde estaba la cama  
y le dijo: – Desnúdate, bien mío,  
y acostémonos pronto, que hace frío.  
El guardia la obedece  
metiéndose en el lecho que le ofrece,  
cuyo calor benéfico al momento  
le templó el instrumento,  
y mucho más sintiendo los abrazos  
con que en amantes lazos  
la dama que le entona,  
expresiva y traviesa, le aprisiona.  
Entonces, atrevido,  
intentó la camisa remangarla  
y rijoso montarla.  
Mas quedó sorprendido  
al ver que ella, obstinada, resistía  
la amorosa porfía,  
y que, si la dejaba,  
también de su abandono se quejaba,  
hasta que al fin salió de confusiones  
oyendo de la dama estas razones:  
– ¿Cómo te has olvidado  
del modo con que habemos disfrutado  
siempre de los placeres celestiales?  
¿Los deleites carnales  
pudiera yo gustar inicualemente  
cuando mi confesor honestamente  
sabes que me ha instruido

de cómo gozar debe el elegido  
sin que sea pecado?  
¡Pues bien que te has holgado  
conmigo en ocasiones  
sin faltar a tan puras instrucciones!  
El guardia, deseando le instruyera  
en lo que eran delicias celestiales,  
dejó que dispusiera  
la dama de sus partes naturales;  
y halló que su pureza consistía  
en que el varonil miembro introducía  
dentro de su natura  
por cierta industriosísima abertura  
que, sin que la camisa se levante,  
daba paso bastante,  
como agujero para frailes hecho,  
a cualquier recio miembro de provecho.  
Con tal púdico modo,  
logró meter el guardia el suyo todo,  
gozando a la mujer más cosquillosa  
y a la más santamente lujuriosa.  
Mientras los empujones,  
ella usaba de raras expresiones,  
diciendo: – ¡Ay, gloria pura!,  
¡oh, celestial ventura!,  
¡deleites de mi amor apetecidos!,  
¡ay, goces de los fieles elegidos!  
El guardia, que la oía  
y a su pesar la risa contenía,  
dijo: – Por fin, señora,  
no he malgastado el tiempo, pues ahora  
me son ya conocidos  
los goces de los fieles elegidos.  
Al escuchar la dama estas razones,  
desconoció la voz que las decía;  
mas, como en los postreros apretones  
entorpecer la acción no convenía,  
exclamó: – ¡Ay, qué vergüenza!, ¡un hombre extraño...  
no te pares...! ¿Se ha visto tal engaño...?  
¡Ángel del paraíso...!, ¡qué placeres...!,  
¡ay, métemelo bien, seas quien fueres!

*Las entradas de tortuga*

Estaba una señora desahuciada  
de esa fiebre malvada  
que, sin ser, según dicen, pestilente,  
se lleva al otro lado a mucha gente.  
Sus criados y amigos la asistían  
con celo cuidadoso,  
pues por tonto tenían  
de la dama al esposo  
y, así, de su dolencia  
nunca le confiaron la asistencia.  
Llegole, al parecer, la última hora  
a la pobre señora;  
trajéronla, muy listos,  
agonizantes cristos,  
y de la sepultura  
la eterna llave con la Sacra Untura.  
Después que bien la untaron  
y a su placer los frailes la gritaron,  
a media noche túvola por muerta  
el médico, y dispuso  
dejar del todo abierta  
la alcoba de la enferma, según uso,  
y que, ya sin cuidados,  
se acostaran amigos y criados.  
Fuéronse todos a dormir bien pronto;  
y luego que esto vio el marido tonto,  
quedito entró en el cuarto de su esposa,  
que nunca más hermosa  
le pareció que entonces, porque hacía  
un mes que por su mal no la veía.  
Mirándola los pechos,  
que a torno parecían estar hechos,  
y el ojal del encanto,  
en que pecara un santo,  
dijo: – ¿Se ha de comer esto la tierra  
sin más ni más? ¡Ah, calentura perra!  
Llévese entre responsos y rosarios  
toda la retención de mis monarios.  
Dicho y hecho: de un brinco  
montó, enristró, y al golpe, con ahínco  
quedó, sin que más quepa,  
clavada en su terreno aquella cepa.  
¡Vive Dios, que producen maravillas  
del masculino impulso las cosquillas,  
según se prueba en el siguiente caso!  
Porque, lector, al paso



que el marido empujaba,  
su mujer se animaba,  
y, cuando sintió el fuego  
del prolífico riego,  
abrió los ojos, medio suspirando,  
y abrazó a quien la estaba culeando.  
Entonces las culadas prosiguieron  
hasta el día; y los dos las suspendieron  
porque entraron las gentes  
de la enferma asistentes  
en el cuarto, y, hallándola sentada,  
en brazos de su esposo reclinada,  
se admiran y, ¡milagro!, repitiendo,  
van a llamar al médico corriendo.  
Éste, luego que vino,  
la tomó el pulso y dijo: – Yo no atino  
qué es lo que la habrán dado,  
que así se ha mejorado.  
Y el marido, que en tanto se reía,  
dijo: – Señor doctor, será obra mía,  
porque, así que dejaron a mi esposa  
los presentes, entré yo con mi cosa  
tiesa, como la tiene el que madruga,  
y la di cinco entradas de tortuga.  
– ¡Bravo!, el médico exclama,  
ya comprendo la cura. ¿Y... por qué llama  
con tan extraño nombre  
la genital operación del hombre?  
– ¡Toma!, el tonto replica,  
es un modo de hablar que significa...  
¡zas!... soplarlo de golpe hasta lo hondo,  
cual las tortugas... ¡zas!... se van al fondo.  
Pero, si está mal hecho...  
– No, el médico le dice, has acertado,  
pues tus entradas son de tal provecho  
que a tu pobre mujer vida le han dado.  
Así que esto oyó el tonto,  
echó a llorar de pronto,  
y el doctor, que el motivo no alcanzaba,  
le preguntó qué pena le apuraba.  
– ¡Ay!, respondió afligido,  
que el dolor me lo arruga.  
¡Si yo hubiera sabido  
que las tales entradas de tortuga  
daban vida de cierto,  
nunca mis padres se me hubieran muerto!

*El reconocimiento*

Una abadesa, en Córdoba, ignoraba  
que en su convento introducido estaba  
bajo el velo sagrado  
un mancebo, de monja disfrazado;  
que el tunante dormía,  
para estar más caliente,  
cada noche con monja diferente,  
y que ellas lo callaban  
porque a todas sus fiestas agradaban,  
de modo que era el gallo  
de aquel santo y purísimo serrallo.  
Las cosas más ocultas  
mil veces las descubren las resultas  
y esto acaeció con las cuitadas monjas,  
porque, perdiendo el uso sus esponjas,  
se fueron opilando  
y de humor masculino el vientre hinchando.  
Hizo reparo en ello por delante  
su confesor, gilito penetrante,  
por su grande experiencia en el asunto,  
y, conociendo al punto  
que estaban fecundadas  
las esposas a Cristo consagradas,  
mandó que a toda priesa  
bajase al locutorio la abadesa.  
Ésta acudió al mandato  
por otra vieja monja conducida,  
pues la vista perdida  
tenía ya del flato;  
y al verla, el reverendo,  
con un tono tremendo,  
la dijo: ¿Cómo así tan descuidada,  
sor Telesfora, tiene abandonada  
su tropa virginal? Pero mal dije,  
pues ya ninguna tiene intacto el dije.  
¿No sabe que, en su daño,  
hay obra de varón en su rebaño?  
Las novicias, las monjas, las criadas...  
¿lo diré?, sí: todas están preñadas.  
— ¡*Miserere mei, Domine!*!, responde  
sor Telesfora. ¿En dónde

estar podemos de parir seguras,  
si no bastan clausuras?  
Váyase, padre, luego,  
que yo hallaré al autor de tan vil juego  
entre las monjas. Voy a convocarlas  
y con mi propio dedo a registrarlas.  
El confesor marchose;  
subió sor Telesfora, y publicose  
al punto en el convento  
de las monjas el reconocimiento.  
Ellas, en tanto, buscan presurosas  
al joven, y llorosas  
el secreto le cuentan  
y el temor que por él experimentan.  
— ¡Vaya! No hay que encogerse,  
él dice. Todo puede componerse,  
porque todas estáis de poco tiempo.  
Yo me ataré un cordel en la pelleja  
que cubre mi caudal cuando está flojo;  
veréis que me la cojo  
detrás, junto las piernas, y la vieja  
cegada, estando atado a la cintura,  
no puede tropezar con mi armadura.  
Se adoptó el expediente,  
se practicó, y las monjas le llevaron  
al coro, donde hallaron  
la abadesa impaciente  
culpando la tardanza.  
En fin, para esta danza  
en dos filas las puso;  
las gafas pone en uso  
y, una vela tomando  
encendida, las iba remangando.  
Una por una, el dedo las metía  
y después, "no hay engendro", repetía.  
El mancebo miraba  
lo que sor Telesfora destapaba,  
y se le iba estirando  
el bulto, y el torzal casi estallando;  
de modo que, tocándole la suerte  
de ser reconocido,  
dio un estirón tan fuerte  
que el torzal consabido  
se rompió y soltó al preso,  
al tiempo que lo espeso  
del bosque la abadesa lo alumbraba;

y así, cuando para esto se bajaba,  
en la nariz llevó tal latigazo  
que al terrible porrazo  
la vela, la abadesa y los anteojos  
en el suelo quedaron por despojos.  
– ¡San Abundio me valga!,  
ella exclamó. ¡Ninguna de aquí salga,  
pues ya, bien a mi costa,  
reconozco que hay moros en la costa!  
Mientras la levantaron,  
al mancebo ocultaron  
y en su lugar pusieron  
otra monja, la falda remangada,  
que, siendo preguntada  
de con qué a la abadesa el golpe dieron,  
la respondió: Habrá sido  
con mi abanico, que se me ha caído.  
A que la vieja replicó furiosa:  
– ¡Mentira! ¡En otra cosa  
podrán papilla darme,  
pero no en el olfato han de engañarme,  
que yo le olí muy bien cuando hizo el daño,  
y era un *dánosle hoy* de buen tamaño!

### *El piñón*

Compró un turco robusto  
dos jóvenes esclavos, que un adusto  
argelino vendía.  
Los llevó a la mazmorra en que tenía  
otros muchos cautivos,  
y, cerrando la puerta,  
detrás de ella a escuchar se quedó alerta  
los modos expresivos  
con que los más antiguos consolaban  
a los recién venidos que allí entraban.  
Eran un andaluz y un castellano,  
y el que hablaba con ellos italiano,  
que dijo en voz de tiple, muy doliente,  
a los nuevos llegados lo siguiente:  
– *Compagni avventurati al par che cari,  
i vostri affani amari  
io voglio consolar: nostro padrone  
e un turco di bonissima intenzione,*

*pietoso cogli schiavi che la guerra  
riduce al suo servizio;  
solmente li destina per l'uffizio  
che si costum là, nella mia terra,  
strapazzando l'occhio del riposo  
col suo membro, che e troppo lungo e grosso.*

– Compadre, el andaluz dijo temblando,  
¿qué me eztá uzté jablando?

¿Conque ha dado eze perro en eza maña  
que en Italia ze eztila? ¡Ay, pobrecito  
de mí, dezfondacao en tierra extraña!

¡Yo, que tengo un ojito  
lo mezmó que un piñón! ¿Zerá baztante  
pa rezguardarle ezte calzón de ante?

Iba a darle respuesta el italiano,  
pero el turco inhumano  
gritó entonces: – ¡No haber ante que valga!

¡El ojo de piñón al aire salga!

Al punto, cuatro moros,  
sin atender las quejas ni los lloros,  
afuera le sacaron

y a su señor por fuerza le llevaron.

En tanto que él la operación sufría,  
el italiano al otro le decía:

– *Giovinetto garbato,  
anche tu sia al momento preparato  
a soffrir del padron membruto e fiero  
il colpo assalitor dell'occhio nero,  
perche di bianca faccia o color bruno  
il turco buzzarron non lascia alcuno.*

El fuerte castellano con arrojó  
la argolla de un cerrojo  
arrancó de una puerta al oír esto,  
y, habiéndosela puesto  
de su gran nalgatorio en la angostura,  
pudo con tal diablura  
guardar el centro y pliegues del contorno,  
y el ataque esperó con este adorno.

Pasada media hora, allí trajeron  
al andaluz lloroso y derrengado,  
y al castellano hicieron  
ir a dar gusto al turco bien armado.

Éste al momento en cuatro pies le pone,  
los calzones le baja y se dispone  
a profanarle: se unta con aceite,  
para obviar el camino del deleite

aquel globo cerdoso,  
fondo en color de cardenillo oscuro,  
y, potente y rijoso,  
no quiere dilatar el choque impuro.  
Considere el lector, aunque yo callo,  
qué magnitud tendría  
lo que sacó, criado en un serrallo  
sin sujeción de bragas ni alcancía,  
y después se figure allá en su mente  
que esta mole indecente,  
enfilando la argolla en la trasera,  
quedó como ratón en ratonera.  
Por sacarlo se agita,  
empuja, hace desguinces, y al fin grita  
para que en su trabajo  
no le guillotinasen por abajo.  
El castellano, astuto, se endereza,  
tirando de la argolla con presteza  
porque no se la viesan  
los que en favor del turco allí viniesen;  
pero esto fue de un modo tan violento,  
que le quitó el turbante al instrumento.  
Quedó por el dolor amortecido  
el turco en la estacada,  
y el castellano, habiendo conseguido  
ver la naturaleza así vengada,  
mientras al desgorrado socorrían  
los moros que acudían,  
a la prisión volvióse,  
en donde a poco tiempo divulgose  
su valerosa hazaña.  
Y el italiano preguntole ansioso:  
– *Ma dica, ¿che cucagna  
l'a salvato del caso periglioso?*  
Y el andaluz decía:  
– ¡Qué piñón tendrá *uzté* tan duro, hermano,  
cuando pudo *jazer tal jechuría!*  
A lo que respondióle el castellano:  
– Tengo para ese perro,  
no un piñón natural, sino de hierro.

### *El conjuro*

De un tremebundo lego acompañado,

fue a exorcizar un padre jubilado  
a una joven hermosa y desgraciada  
que del maligno estaba atormentada.  
Empezó su conjuro  
y el espíritu impuro,  
haciendo resistencia,  
agitaba a la joven con violencia  
obligándola a tales contorsiones,  
que la infeliz mostraba en ocasiones  
las partes de su cuerpo más secretas:  
ya descubría las redondas tetas  
de brillante blancura,  
ya, alzando la delgada vestidura,  
manifestaba un bosque bien poblado  
de crespo vello en hebras mil rizado,  
a cuyo centro daba colorido  
un breve ojal, de rosas guarnecido.  
El lego, que miraba tal belleza,  
sentía novedad grande en su pieza,  
y el fraile, que lo mismo recelaba,  
con los ojos cerrados conjuraba  
hasta que al fin, cansado  
de haber a la doncella exorcizado  
dos horas vanamente,  
para que sosegase la paciente  
y él volviese con fuerzas a su empleo,  
al campo salió un rato de paseo,  
diciendo al lego hiciera compañía  
a la doncella en tanto que él volvía.  
Fuese, pues, y el donado,  
de lujuria inflamado,  
apenas quedó solo con la hermosa  
cuando, esgrimiendo su terrible cosa,  
sin temor de que estaba  
el diablo en aquel cuerpo que atacaba,  
la tendió y por tres veces la introdujo  
de sus riñones el ardiente flujo.  
Mientras que así se holgaba el lego diestro,  
a la casa volviendo su maestro,  
vio que en la barandilla  
de la escalera, puesto en la perilla,  
estaba encaramado  
el diablo, confundido y asustado,  
y díjole riendo:  
– ¡Hola, parece que saliste huyendo  
del cuerpo en que te hallabas mal seguro,

por no sufrir dos veces mi conjuro!  
Yo me alegro infinito;  
mas, ¿qué esperas aquí? ¡Dilo, maldito!  
– Espero, dijo el diablo sofocado,  
que sepas que tú no me has expulsado  
de esa pobre mujer por conjurarme,  
sino tu lego que intentó amolarme  
con su tercia de dura culebrina,  
buscándome el ojete en su vagina,  
y pensé: ¡Guarda, Pablo!,  
propio es de lego motilón ladino  
que no respete virgo femenino,  
¡pero que deje con el suyo al diablo!

### *El loro y la cotorra*

Tenía una doncella muy bonita,  
llamada Mariquita,  
un viejo consejero  
que en ella por entero,  
cuando se alborotaba  
su cansada persona, desaguaba  
con tal circunspección y tal paciencia  
como si a un pleito diese la sentencia.  
Era de este señor el escribiente  
un mozuelo entre frailes educado,  
como ellos suelen ser, rabicaliente,  
rollizo y bien armado,  
que, cuando el consejero fuera estaba,  
a doña Mariquita consolaba.  
Sucedió, pues, que un día  
la consoló en su cuarto, donde había  
en jaulas diferentes  
un loro camastrón, cuyo despejo  
todo lo comprendía por ser viejo,  
y una joven cotorra muy parlera,  
que la conversación de los sirvientes  
oyeron, la cual fue de esta manera:  
– ¿Te gusta, Mariquita?  
– Sí, mucho, mucho; estoy muy contentita.  
– ¿Entra bien de este modo?  
– Sí, mi escribiente... ¡Métemelo todo!  
– Pues menéate más..., que estoy perdido.  
– Y yo... que viene... ¡ay, Dios...!, ¡que ya ha venido!



Y en efecto, llegaba el consejero  
en aquel mismo instante,  
y apenas su escribiente marrullero  
dejó regado el campo de su amante,  
cuando, con la ganilla que traía,  
al mismo cuarto entró su señoría.  
Quitose en él la toga,  
diose en la parte floja un manoteo,  
y a la que su materia desahoga  
manifestó su lánguido deseo.  
Ella, puesta debajo  
de un modo conveniente,  
se acordó en su trabajo  
del natural vigor del escribiente,  
y empezó a respingar con tal salero  
que por poco desmonta al consejero.  
Éste, viendo el peligro que corría,  
dijo: Basta... ¿Qué hacéis, doña María?  
¡Guarde más ceremonia con mi taco,  
o por vida del rey que se lo sacó!  
– De veros, el contento,  
replicó la taimada,  
me hace tener tan fuerte movimiento.  
¡Perdón!  
– Sí, dijo el viejo; perdonada  
estás, si es que te alegra mi llegada.  
La cotorra, que aquello estaba oyendo,  
dijo entonces, sus alas sacudiendo:  
– Lorito, contentita  
está la Mariquita.  
A que respondió el loro prontamente:  
– ¡Sí, se lo metió todo el escribiente!

### *El voto de los benitos*

Un convento ejemplar beneditino  
a grave aflicción vino  
porque en él se soltó con ciega furia  
el demonio tenaz de la lujuria,  
de modo que en tres pies continuamente  
estaba aquel rebaño penitente.  
Al principio, callando con prudencia,  
hacía cada monje la experiencia  
de sujetar con mortificaciones

las fuertes tentaciones.  
No se omitió cilicio,  
ayuno, penitencia ni ejercicio,  
mas fueron vanas medicinas tales;  
que, irritadas las partes genitales,  
el demonio carnal más las apura,  
dando a más penitencia más tiesura.  
Supo el caso el abad; quien, aturdido  
del feroz priapismo referido,  
a capítulo un día  
llamó a la bien armada frailería  
y, después de entonado  
el himno acostumbrado,  
a cada cual, con humildad profunda,  
pidió su parecer, por que se hallase  
un medio que cortase  
en la comunidad tal barahúnda.  
Los monjes del convento  
poltronamente estaban en su asiento  
discutiendo los modos diferentes  
de alejar con remedios convenientes  
el bullidor tumulto  
que a cada fraile le abultaba el bulto.  
Viendo lo ejecutado vanamente  
hasta el caso presente,  
los sapientes y místicos varones  
con santidad y ciencia propusieron  
diversas opiniones,  
pero en ninguna dieron  
que a propósito fuese  
para que luego la erección cediese.  
En esta confusión, con reverencia,  
pidió el portero para hablar licencia.  
El portero, no importa aquí su nombre,  
era un legazo de tan gran renombre  
que, después de rascarse aquello a solas,  
hubo vez de jugar diez carambolas.  
– Hable, clamó el abad. Y él, humillado,  
dijo: – Dios sea loado,  
que a mí, vil gusanillo, ha concedido  
lo que a Sus Reverencias no ha querido.  
Yo un tiempo tentaciones padecía,  
mas, por fortuna mía,  
hallé un remedio fácil y gustoso  
con que al cuerpo y al alma doy reposo.  
– ¿Y cuál es?, preguntaron, admirados,

a una voz los benitos congregados.  
– Padres, dijo el portero,  
tengo una lavandera, cuyo esmero,  
cuando a traerme viene  
ropa con que me mude,  
tanto cuidado tiene  
de limpiarme de manchas exteriores  
como de las materias interiores,  
y a este fin de tal modo me sacude  
que en toda la semana  
no se alborota más mi tramontana.  
Luego que oyó el abad y el consistorio  
el medio tan sencillo y tan notorio  
de obviar las tentaciones,  
decretaron los ínclitos varones  
que un voto, de común consentimiento,  
se añadiese en las reglas del convento,  
por el cual no pudiera  
fraile alguno vivir sin lavandera.  
El abad, con presteza,  
dejó al punto aquel voto establecido  
y a los monjes, alzando la cabeza,  
dijo: El Señor, hermanos, nos ha oído,  
cuando remedia así nuestras desgracias.  
Cantemos, pues: *Agimus tibi gratias.*

### *El cabo de vela*

Salió muy de mañana  
a oír misa en la iglesia más cercana  
una vieja ochentona  
de vista intercadente y voz temblona.  
A la del Hospital se dirigía  
porque junto vivía,  
llevando, por no haber amanecido,  
de una vela encendido  
el cabo en su linterna,  
cosa bien útil, aunque no moderna.  
Dejémosla que siga su camino  
y vamos a contar lo que el destino  
le tenía guardado. El día antes  
los mozos practicantes  
del Hospital cortaron con destreza,  
en la disección, la enorme pieza

de un soldado difunto  
y, para mantenerla en todo el punto  
de su hermoso tamaño,  
con un cañón de estaño  
la llenaron de viento;  
en seguida el pellejo al instrumento  
con un torzal ataron  
al corte, y como nuevo le dejaron.  
Jugaron luego al mingo  
con él, y cada cual daba un respingo  
cuando se lo tiraban  
los unos a los otros que allí estaban,  
siendo de tal diablura  
objeto su grandísima tiesura.  
Después que se cansaron,  
a la calle arrojaron  
de su fiesta el prolífico instrumento.  
Y aquí vuelve mi cuento  
a buscar a la vieja, que con prisa  
por la calle pasó para ir a misa.  
No precisa el autor de aquesta historia  
si tropezó en la tiesa caniloria  
o en otra cosa; pero sí nos dice  
que la vieja infelice,  
por ir apresurada,  
dio en la calle tan fuerte costalada  
que se desolló el cutis de una pierna,  
y, por el golpe rota la linterna,  
perdió el cabo de vela y se vio a oscuras:  
¡causa un porrazo muchas desventuras!  
La pobre, al fin, se levantó diciendo:  
– ¡Ah, Satanás maldito, ya te entiendo;  
mas no te bastarán tus tentaciones  
para que pierda yo mis devociones!  
Entre tanto, tentaba  
el empedrado, por si el cabo hallaba,  
y tal fortuna tuvo  
que, al poco tiempo que buscando anduvo,  
dio con la erguida pieza del soldado,  
y al cogerla exclamó: – ¡Dios sea loado!  
Como no había allí dónde encenderla,  
tuvo en la faltriquera que meterla  
y, a la iglesia sus pasos dirigiendo,  
llegó cuando la puerta iban abriendo.  
Oyó misa, y entró en la sacristía  
para encender su cabo;

acercó a una luz que en ella ardía,  
pero el maldito nabo  
dio con la llama tal chisporroteo  
que apagó aquella vela.  
La vieja, al ver frustrado su deseo,  
al sacristán apela  
para que le encendiese;  
él le tomó, ignorando lo que fuese,  
y le arrimó a la luz de otra bujía;  
mas, como chispeaba y nunca ardía,  
de la vela a la llama  
le examina y exclama:  
– ¡Cuerpo de Cristo!, ¡qué feroz pepino!  
Tómelo, hermana, *usté* que tendrá tino  
para saber lo que con él se hace,  
que yo no enciendo velas de esta clase.  
Atónita la vieja, entonces mira  
con atención al cabo, y más se admira  
que el sacristán, diciendo:  
– En cincuenta y tres años que siguiendo  
estuve la carrera  
de moza de portal y de tercera,  
no vi un cirio tan tieso y tan soplado.  
¡Quién en sus tiempos se lo hubiera hallado!

### *El ciego en el sermón*

*Quam pulchrae sunt mammae tuae,  
soror mea, sponsa!*

Predicaba un gilto en su convento  
y, para comenzar, buscó al intento,  
de la Escritura Santa en los lugares,  
el texto que aquí va de los Cantares,  
en latín anotado,  
y repitió en romance, acalorado:  
– "¡Qué hermosas son tus tetas, oh mi hermana,  
oh mi esposa! ¡Mejor hueles que el vino!".  
Así hablaba a su amante soberana  
Salomón, lleno del amor divino.  
Luego que expuso el amoroso texto,  
escondió bajo el hábito las manos  
y siguió su sermón diciendo: Hermanos,  
¿hasta qué extremo habrá de llegar esto?

Un lego que, calada la capilla,  
del púlpito en la angosta escalerilla  
sentado al reverendo acompañaba,  
el sermón escuchaba,  
díjole en tono bajo:  
– No se tenga las manos ahí debajo,  
padre; sáquelas fuera prontamente,  
porque quizás sospechará la gente  
al ver su acción y oyendo cómo empieza,  
hasta qué extremo ha de llegar la pieza.  
Oyolo el fraile y luego  
las manos saca y sigue predicando;  
pero, entre tanto, el lego  
o porque el verde texto recordando,  
sintió el vicio en sus partes exaltarse;  
o porque no quería ocioso estarse  
mientras se predicaba  
pensó lo mismo hacer que sospechaba  
al principio del fraile reverendo,  
con su negocio el tiempo entreteniéndolo.  
A este fin, colocado en la escalera,  
puso el hábito en hueco bien afuera,  
las manos ocultando;  
y, su cumplido miembro enarbolando,  
empezó su recreo;  
mas, porque no pudiese algún meneo,  
de un modo involuntario,  
su fuego descubrir extraordinario,  
siempre que se encogía o empujaba  
o algún suspiro el gusto le arrancaba,  
ponía su semblante compungido  
diciendo: ¡Ay, Dios, y cómo te he ofendido!  
Al tiempo que la empresa concluía,  
el glutinoso humor que despedía,  
ardiente como fuego,  
en los ojos cayó de un pobre ciego  
que escuchaba el sermón allí debajo,  
y exclamó: – ¡Jesucristo, y qué gargajo  
me has echado, que pega cual jalea!  
¿No ven que estoy aquí? ¡Maldito sea  
y ciego como yo quede del todo  
quien sin mirar escupe de ese modo!

*Las lavativas*

Cierta joven soltera,  
de quien un oficial era el amante,  
pensaba a cada instante  
cómo con su galán dormir pudiera,  
porque una vieja tía  
gozar de sus amores la impedía.  
Discurrió al fin meter al penitente  
en su casa y, fingiendo que la daba  
un cólico bilioso de repente,  
hizo a la vieja, que cegata estaba,  
que un colchón separase  
y en diferente cama se acostase.  
Ella en la suya en tanto  
tuvo con su oficial lindo recreo,  
dándole al dengue tanto  
que a media voz, en dulce regodeo,  
suspiraba y decía:  
– ¡Ay...!, ¡ay...!, ¡cuánto me aprieta esta agonía!  
La vieja cuidadosa,  
que no estaba durmiendo,  
los suspiros oyendo,  
a su sobrina dijo cariñosa:  
– Si tienes convulsiones aflictivas,  
niña, yo te echaré unas lavativas.  
– No, tía, ella responde, que me asustan.  
– Pues si son un remedio soberano.  
– ¿Y qué, si no me gustan?  
– Con todo, te he de echar dos por mi mano.  
Dijo, y en un momento levantada,  
fue a cargar y a traer la arma vedada.  
La mozuela, que estaba embebecida  
cuando llegó este apuro,  
gozando una fortísima embestida,  
pensó un medio seguro  
para que la función no se dejase  
si a su galán la tía allí encontrase.  
Montó en él ensartada,  
tapándole su cuerpo y puesta en popa,  
mientras la tía de jeringa armada  
llegó a la cama, levantó la ropa  
por un ladito y, como mejor pudo,  
enfiló el ojo del rollizo escudo.  
En tanto que empujaba  
el caldo con cuidado,  
la sobrina gozosa respingaba

sobre el cañón de su galán armado,  
y la vieja, notando el movimiento,  
la dijo: – ¿Ves como te dan contento  
las lavativas, y que no te asustan?  
¡Apuesto a que te gustan!  
A lo cual la sobrina respondió:  
– ¡Ay!, por un lado sí, por otro no.

### *La fuerza del viento*

En una humilde aldea el Jueves Santo  
la pasión predicaban y, entre tanto,  
los payos del lugar que la escuchaban  
a lo vivo la acción representaban,  
imitando los varios personajes  
en la figura, el gesto y los ropajes.  
Para el papel sagrado  
de nuestro Redentor crucificado  
eligieron un mozo bien fornido  
que, en la cruz extendido  
con una tunicuita en la cintura,  
mostraba en lo restante su figura,  
a los tiernos oyentes, en pelota,  
para excitar su compasión devota.  
La parte de María Magdalena  
se le encargó a una moza ojimorena,  
de cumplida estatura  
y rolliza blancura,  
a quien naturaleza en la pechera  
puso una bien provista cartuchera.  
Llegó el predicador a los momentos  
en que hacía mención de los tormentos  
que Cristo padeció cuando expiraba  
y su muerte los orbes trastornaba.  
Refirió, entusiasmado,  
que con morir aniquiló el pecado  
original, haciendo a la serpiente  
tragarse a su despecho, aunque reviente,  
la maldita manzana  
que hizo a todos purgar sin tener gana.  
Esto dijo de aquello que se cuenta,  
y después su fervor aún más aumenta  
contando los dolores  
de la Madre feliz de pecadores,



del Discípulo amado,  
y, en fin, del sentimiento desgarrado  
de la fiel Magdalena,  
la que, entre tanto, por la iglesia, llena  
de inmenso pueblo, con mortal congoja  
los brazos tiende y a la cruz se arroja.  
Allí empezó sus galas a quitarse  
y en cogollo no más vino a quedarse,  
con túnica morada  
por el pecho escotada  
tanto que claramente descubría  
la preciosa y nevada tetería.  
Mientras esto pasaba,  
el buen predicador siempre miraba  
al Cristo, y observó que por delante  
se le iba levantando a cada instante  
la tunicuilla en pabellón viviente,  
haciendo un borujón muy indecente.  
Queriendo remediarlo  
por si el pueblo llegaba a repararlo,  
alzó la voz con brío  
y dijo: Hermanos, el vigor impío  
de los fieros hebreos se aumentaba  
al paso que la tierra vacilaba  
haciendo sentimiento,  
y la fuerza del viento  
era tal, que al Señor descomponía  
lo que sus partes púdicas cubría.  
Apenas oyó Cristo este expediente  
cuando, resucitando de repente,  
dijo al predicador muy enfadado:  
– Padre, el juicio sin duda le ha faltado.  
¿Qué viento corre aquí?, ¿qué berenjena?,  
¿las tetas no está viendo a Magdalena?  
Hágala que se tape,  
si no quiere que el Cristo se destape  
y eche al aire el gobierno  
con que le enriqueció su Padre Eterno.

### *La postema*

Érase en una aldea  
un médico ramplón y a más casado  
con una mujer joven y no fea,

la que había estudiado  
entre los aforismos de su esposo  
uno u otro remedio prodigioso  
que, si él ausente estaba,  
a los enfermos pobres recetaba.  
Su caridad ejercitando un día  
la señora Quiteria, éste es su nombre,  
vio que a su puerta había  
un zagalón, ya hombre,  
que a su esposo buscaba  
porque alguna dolencia le aquejaba.  
Parecía pastor en el vestido,  
y a Febo en la belleza y la blancura,  
mostrando en su estatura  
la proporción de un Hércules fornido,  
tanto, que la esculapia, alborotada,  
cayó en la tentación. ¡No somos nada!  
Hizo entrar al pobrete,  
ya con mal pensamiento, en su retrete,  
en donde le rogó que la explicase  
la grave enfermedad que padecía,  
porque sin su marido ella podía  
un remedio aplicar que le curase.  
– ¡Ay, señora Quiteria!, el zagal dijo,  
yo por lo que me aflijo  
es por no hallar remedio suficiente  
para el mal que padezco impertinente.  
Sepa *usté*, pues, que así que me empezaron  
las barbas a salir y me afeitaron,  
también me salió vello  
alrededor de aquello,  
y cátrate que, a poco, tan hinchado  
se me puso que... ¡vaya!,  
no podía jamás tenerlo a raya.  
Yo, hallándome apurado  
y de ver su tiesura temeroso,  
pensé y vine a enseñárselo a su esposo,  
el cual me lo bañó con agua fría,  
con que se me aflojó por aquel día;  
pero después a cada instante ha vuelto  
el humor a estar suelto  
y es la hinchazón tremenda.  
Dijo, y sacó un... ¡san Cosme nos defienda!  
tan feroz, que la médica al mirarlo  
tuvo su cierto miedo de aflojarlo;  
pero venció el deseo

de gozar el rarísimo recreo  
que un virgo masculino la promete  
cuando la vez primera empuja y mete.  
A este fin, cariñosa,  
dijo al simple zagal: – ¡Ay, pobrecito,  
una postema tienes! Ven, hijito,  
ven conmigo a la cama; haré una cosa  
con que, a fe de Quiteria,  
se te reviente y salga la materia.  
El pastor inocente  
a la cura se apresta  
y ella, regocijada de la fiesta,  
le dio un baño caliente,  
metiendo aquello hinchado  
en el... ya usted me entiende acostumbrado,  
con una habilidad tan extremada  
y tales contorsiones,  
que dejó la postema reventada  
con dos o tres o más supuraciones.  
Fuese el zagal y, a poco, volvió un día  
a la casa del médico, que estaba  
sentado en su portal cuando llegaba;  
y, viéndole venir, con ironía  
díjole: – ¡Hola!, parece, por tu gesto,  
que se te ha vuelto a hinchar... Pues entra presto,  
te daré el baño de aguas minerales  
que suaviza las partes naturales.  
A que el pastor responde: ¡Guarda, Pablo!,  
para postemas, que reciba el diablo  
ese baño que aplasta y que no estruja.  
¡Toma!, cuando arrempuja  
la señora Quiteria,  
me la revienta y saca la materia.

### *La reliquia*

Un confesor gilto  
en opinión de santidad estaba,  
por lo que despachaba  
de penitentes número infinito.  
Además, este padre reverendo  
llevaba en un remiendo  
de su negra pretina  
cosida una reliquia peregrina

con muchas indulgencias  
que evitaban penosas penitencias  
siempre que con dos dedos la tocaba  
al tiempo de absolver al confesado,  
y así todo pecado  
con esta ceremonia perdonaba.  
De clases diferentes  
el número creció de penitentes,  
sabiendo la excelencia  
de la nueva indulgencia  
que este varón profundo  
igualmente aplicaba a todo el mundo.  
Una moza morena  
llegó a sus plantas, de pecados llena,  
con ojos tentadores, talle listo,  
y unas tetas que hicieran caer a Cristo,  
pues, conforme a la moda,  
ya en taparlas ninguna se incomoda.  
Empezó a confesarse  
y, así que llegó al sexto mandamiento  
de torpes poluciones a acusarse  
con tanta contrición, que el movimiento  
de su blanca pechera  
simpatizó del fraile el instrumento,  
como era natural, de tal manera  
que le causó cuidado  
sentírselo de pronto tan hinchado.  
La iglesia estaba oscura,  
la gente no era mucha y, temeroso  
de más descompostura,  
el bendito varón acudió ansioso  
al corriente remedio  
de empuñar con recato por en medio  
el miembro rebelado;  
y esto fue tan a tiempo ejecutado,  
que hizo un *memento homo*  
pasándole la mano por el lomo.  
La moza acabó en tanto  
su confesión, y dijo al varón santo:  
– Écheme, padre mío,  
la sacra absolución en que confío,  
y aplíqueme, le ruego, la indulgencia  
que su reliquia tiene,  
pues la virtud que en ella se contiene  
puede excusar más grave penitencia.  
Oyendo estas razones,

de su meditación medio aturdido  
el fraile volvió en sí dando un ronquido;  
sacó de sus calzones,  
para absolver, la mano humedecida;  
tocola en la reliquia consabida  
y, en vez de bendición, echó rijoso  
a la moza un asperges muy copioso.  
– ¡Jesús!, ella exclamó, ¿para qué es esto  
que me ha echado en la cara?  
Sintiera que pegado se quedara,  
pues parece de gomas un compuesto.  
A que respondió el fraile: – Eso, sin duda,  
es, ¡ay!, que ha cometido un gran pecado,  
hermana, y perdonárselo ha costado  
tanto, que a mares la reliquia suda.

### *El ajuste doble*

A casa de una moza un estudiante  
llegó, pobre y tunante,  
y por poco dinero  
le pidió algún carnal desagadero.  
– No puedo socorrerle en ese apuro,  
ella le dijo, sin que pague un duro;  
o lo hago más barato,  
porque anda malo el tiempo y malo el trato.  
Llevaba el estudiante únicamente  
el duro que la moza le pedía,  
mas no le convenía  
gastarle en un desagüe solamente,  
y así la respondió: Por el dinero  
no habrá dificultad; pero primero  
haga la diligencia  
menor en su orinal a mi presencia;  
que yo, viendo su líquida corriente,  
conozco si el rincón está doliente.  
– En eso no hay reparo,  
la moza replicó. Luego la hizo,  
y el estudiante avaro  
con esto su deseo satisfizo,  
porque una tercia y algo más sacando  
y el orinal alzando  
empuñó la cualquiera,  
diciendo en su función pasamanera:

– Con caldo se contentan mis culadas,  
porque valen muy caro las tajadas.  
La moza, de la treta arrepentida,  
le dijo: – No prosiga, por su vida,  
que yo no tengo el corazón tan duro  
y se lo empuñaré por medio duro.  
Al punto el estudiante, alborozado,  
el partido aceptó, y en el estrado  
junto a ella se coloca,  
a su arbitrio dejando la bicoca.  
La moza, con despejo,  
ya le afloja o aprieta,  
ya le pliega el pellejo,  
y en sus pasavolantes  
también dio en trastear con los colgantes.  
En tanto que él se holgaba,  
ella atenta observaba  
el crítico momento  
de la expulsión; y a cierto movimiento  
que hizo el pobre estudiante indicativo,  
tapando el agujero expeditivo  
le dijo: Señor guapo,  
si no me dais un duro, no destapo.  
Él, viéndose burlado en tal aprieto,  
la dijo: Te lo doy si te lo meto,  
pues el ajuste doble que propones  
no es justo si debajo no te pones.  
La moza, que lo mismo deseaba  
para probar la pieza que empuñaba,  
se convino al instante  
a la proposición del estudiante,  
y quitose la ropa  
en una santiguada,  
y, cogiendo la paga deseada,  
tendiose y la metió bajo su popa,  
y se prestó después al regodeo  
de su carnal deseo.  
Y en tanto que retoza  
y en ondulantes giros se alborozaba,  
el estudiante, que acabó primero,  
cogió con disimulo su dinero;  
mas, cuando iba a marcharse,  
le echó menos la moza al levantarse  
y le dijo: Detente,  
porque se me ha perdido  
el duro que me diste;

ayúdame a buscarle.  
A que él repuso: En ti podrás hallarle,  
pues como con tal furia te moviste,  
si bajo las nalgas le has metido  
le encontrarás en ellas derretido.

### *La receta*

De histérico una monja padecía  
y ningún mes contaba  
las calendas purpúreas que aguardaba.  
Al convento asistía  
un médico arriscado  
que por su ciencia conoció el estado  
de la joven paciente  
y cuál era el remedio conveniente.  
Y con oculta treta,  
en papel reservado  
entregole a la sor como receta  
cuyo expedito y breve contenido  
de esta manera estaba concebido:  
«Contra ese flato histérico receto  
un fregado completo  
en aquellos canales  
que los censos expelen mensuales.  
Yo, para esta faena,  
una tiente de carne tengo buena,  
con que ofrezco curarla  
y la matriz al par deshollinarla».  
Esto leyó la monja y, afanosa  
de cobrar su salud, pensó una cosa  
con que deshollinada  
quedase con la tiente deseada.  
Para ello, de repente,  
con más fuerza el histérico accidente  
fingió, de tal manera  
que mandó la abadesa se trajera  
el médico al momento,  
y, sin desconfianza, en el convento  
le pidió que quedase  
en tanto que la monja peligrase.  
Llegó la media noche y las campanas  
a maitines tocaron;  
las piadosas hermanas

de sus celdas al coro se marcharon,  
quedando con la enferma una novicia  
de bastante malicia  
y el médico ajustándose su cuenta  
de cómo engañaría a la asistenta.  
Ésta, que recelaba el torpe empeño,  
fingió ceder al sueño  
y vio que el esculapio prontamente  
montaba a la paciente  
y que ella culeaba  
mientras él la estrujaba  
tanto, que la pobreta  
tragaba suspirando la receta.  
La novicia, por no llevar el gorro,  
gritó: – ¡Hermanas, socorro!  
¡Acudan, que este médico maldito  
a nuestra hermana pincha el conejito!  
Por pronto que a esta voz saltó del lecho  
el agresor sin consumir el hecho,  
las monjas, que volaron  
a la celda llegando a tiempo, vieron  
lo que nunca tuvieron  
y siempre desearon:  
hallaron a la enferma destapada;  
vieron, ¡ay!, enristrada  
la tiente valerosa  
del médico en el aire y que, furiosa  
porque su ocupación se lo impedía,  
con todas juntas embestir quería.  
A tal vista, una clama: – ¡Es un impío!  
Otra dice: ¡Qué escándalo, Dios mío!  
Otra, con mayor celo, repetía  
que sobre sí el delito tomaría  
para evitar que luego  
llegue sobre el convento a llover fuego.  
En tanto que gritaban, la abadesa  
llegó dándose prisa  
en brazos de dos monjas apoyada,  
con el peso encorvada  
de ochenta y cinco años,  
que le habían causado, entre otros daños,  
almorranas, ceguera,  
algo de perlesía y de sordera,  
y una pronunciación intercadente  
por hallarse su boca sin un diente.  
Ésta, pues, enterada de la culpa,



vio que la delincuente se disculpa  
mostrando la receta,  
y adivinó que el médico operaba  
con la tiente que en ella insinuaba.  
La abadesa, discreta,  
de la verdad queriendo cerciorarse,  
en la nariz montó los anteojos,  
que eran auxiliadores de sus ojos;  
mandó luego acercarse  
al galeno que estaba bien armado  
por no haber la receta consumado,  
y, alzándole de prisa  
el cumplido faldón de la camisa,  
exclamó con presteza:  
– ¡Bendígasele Dios!, ¡soberbia pieza!  
La de mi confesor, que pincha y raja  
con dos palmos del vello a la cabeza,  
es un meñique al lado de esta alhaja.

### *La poca religión*

En la Puerta del Sol, según costumbre,  
haciendo el corro andaba  
por la noche una moza  
que, aunque ya poca lumbre  
este oficio la daba,  
siempre la que lo ejerce en él se goza.  
Al dar una virada,  
se halló de cierto *quídám* abordada,  
que, pidiendo matute,  
acompañarla quiso complaciente;  
y ella, sin que en la paga le dispute,  
a su casa condujo al pretendiente.  
Los muebles que tenía por adorno  
eran un lecho grande y elevado,  
sillas en su contorno  
y una mesa, la cual el convidado,  
porque cenar quería,  
hizo cubrir de bodrios de hostería.  
Los dos solos cenaron,  
y a pasar se dispuso  
toda la noche allí, según el uso,  
el pagano; mas luego que llegaron  
al momento festivo de acostarse,

vieron un hombre por la alcoba entrarse,  
que, sacando un colchón del alto lecho,  
lo echó al suelo y tendiose satisfecho.  
Al verle el convidado,  
a la moza le dijo, algo aturdido:  
– ¿Quién es este señor recién venido?  
Y ella le respondió: Deja el cuidado,  
porque ése es mi marido  
que viene a recogerse  
y en nuestra diversión no ha de meterse.  
– Con todo, yo me voy, él la replica,  
que no quiero que turbe mi descanso.  
– No hagas tal, que es muy manso,  
ella le dice, y esto no le pica;  
que ya en él es costumbre  
vivir de su profunda mansedumbre.  
Apaga la luz pronto,  
y acostémonos ya; no seas tonto.  
El hombre obedeció y entró en la cama;  
pero, apenas la luz hubo apagado,  
cuando el marido exclama:  
– ¡Hay tal bellaquería!  
¡Echarse de esta suerte, sin decoro!  
¡Vaya, que semejante picardía  
no pienso que se hiciese ni en el moro!  
– ¿Lo ves?, dijo a la moza el convidado.  
¡Si esto era demasiado  
para que lo sufriera!  
– ¡Toma! Pues... si lo sufre de cualquiera...  
yo no sé, repetía la señora,  
por qué el bellaco se alborota ahora.  
Mas el pagano resolvió, no obstante,  
marcharse, y al paciente  
le demandó perdón humildemente;  
a lo cual respondiolo el buen marido:  
– Hombre, no se levante,  
que a mí no me ha ofendido  
porque con mi mujer dormir pretende;  
sólo la poca religión me ofende  
con que, habiendo apagado  
la luz, en un momento  
no diga: «Sea bendito y alabado  
el Santo Sacramento».

*Al maestro, cuchillada*

Allá en tiempos pasados  
salieron desterrados  
de la Grecia los dioses inmortales.  
Un asilo buscaban,  
cuando en nuestro hemisferio se fundaban  
diversas religiones monacales,  
y entre ellas, por gozar la *vita bona*,  
se refugió el dios Príapo en persona.  
De tal deidad potente el atributo  
con que hace cunda el genitario fruto,  
es que todo varón que esté en su vista  
siempre tenga la porra tiesa y lista.  
Conque de esta excelencia  
sintiendo la influencia,  
en todos los conventos donde estaba  
el vigor de los frailes se aumentaba  
de modo que las tapias eran pocas  
para tener a raya sus bicocas.  
Furibundos salieron y atacaron  
a roso y a velloso;  
pero, aunque más metieron y sacaron,  
el efecto rijoso  
o por eso cedía  
y cada miembro un roble parecía.  
El dios Príapo al momento  
vio que este monacal levantamiento  
sus fuerzas desairaba,  
pues más que él cualquier fraile trabajaba,  
y por miedo a los rudos empujones  
de tales campeones,  
abandonarlos luego  
pensó, tomando las de Villadiego.  
Fuese, por no pasar el tiempo en vano,  
a un convento de monjas de hortelano;  
pero cuando las madres recogidas  
sintieron de tal dios las embestidas,  
crecieron sus deseos  
a par de los continuos regodeos,  
tanto que al huésped molestando andaban  
y a puto el postre daban y tomaban.  
Entre ellas el potente fornicario  
todavía estuviera  
si un caso extraordinario

por su influjo viril no sucediera;  
y fue que, como siempre en los conventos  
hay algunos jumentos,  
en éste dos las monjas mantenían  
que los trabajos de la huerta hacían;  
*ítem* más, un verraco había en ella,  
de gordura hecho pella,  
y un choto ya mancebo  
que para procrear tenía cebo.  
Por desdicha, los pobres animales  
sintieron los impulsos naturales  
del dios que los cuidaba,  
y al tiempo que en la huerta paseaba  
la femenil comunidad en tropa,  
oliendo que eran hembras en la ropa,  
el cerdo con gruñidos,  
el choto con balidos,  
y los asnos a dúo rebuznando  
y sus virotes a lucir sacando,  
tras de las monjas daban  
y, aunque corriesen, bien las alcanzaban;  
pero como enfilearlas no podían,  
en el suelo caían,  
donde el polvo, esperma y otras cosas  
las dejaban molidas y asquerosas.  
Entonces protección al hortelano  
pedían, pero en vano,  
porque a los animales su presencia  
aumentaba la gana y la potencia.  
Así que esto las madres conocieron,  
por el maligno a Príapo tuvieron,  
que, después de gozarlas,  
enviaba el Señor a castigarlas.  
Conque, dando al olvido  
los méritos del dios antecedentes,  
después de que le hubieron despedido  
quisieron, penitentes,  
de su buen confesor aconsejadas,  
sólo por éste ser refociladas.  
Príapo, despechado,  
se marchó a la mansión de un purpurado  
de geniazo severo,  
donde entrar pretendió de limosnero.  
El señor cardenal con mil dolencias  
se hallaba, de sus obras consecuencias,  
con tres partes de un siglo envejecido

y en la cama impedido,  
cuando sus pajes en la alcoba entraron  
y al pretendiente dios le presentaron.  
Ya había en ellos hecho  
la presencia del huésped buen provecho  
inflamando sus flojas zanahorias  
de suerte que, tornando a la antesala,  
las empuñaron con primor y gala  
y se hicieron sus cien dedicatorias.  
En tanto, el cardenal, que estaba a solas  
con Príapo, sintió que se estiraba  
el cutis arrugado de sus bolas  
y que se le inflamaba  
tanto su débil pieza,  
que enderezó la prepucial cabeza.  
Hallose, finalmente, como nuevo  
y, echándole al mancebo  
una ardiente ojeada,  
saltó del lecho, la camisa alzada,  
cerró la puerta y atacó furioso  
a Príapo a traición, que, valeroso  
vio que era, en tal apuro,  
descubrirse el remedio más seguro.  
En efecto, impaciente  
se desataca y muestra de repente  
al cardenal impío  
por miembro un mastelero de navío.  
Quedose estupefacto el purpurado  
porque, a su vista, el suyo viejo y feo  
era lo mismo que poner al lado  
del Coloso de Rodas un pigmeo;  
y mucho más, oyendo que decía  
el dios: – ¡Habrà mayor bellaquería!  
Sacrílega Eminencia,  
Eminencia endiablada,  
¿quieres dar al maestro cuchillada?  
Sepas que es mi presencia  
la que tu miembro entona,  
porque soy el dios Príapo en persona:  
las cópulas protejo naturales,  
pero no los ataques sensuales  
de puerca sodomía;  
y, pues gozar ojete es tu manía,  
quédese el tuyo viejo,  
que en sempiterna languidez lo dejo.  
– ¡No, por la diosa Venus!, humillado

exclamó el cardenal. ¡A ti, postrado,  
dios de fornicación, perdón te pido!  
Mis sucias mañas echaré en olvido;  
pues, más que en flojedad tan indecente,  
quiero tenerlo tieso eternamente.

### *El cuervo*

En un carro manchego  
caminaba una moza inocentona  
de gallarda persona,  
propia para inspirar lascivo fuego.  
El mayoral del carro era Farruco,  
de Galicia fornido mameluco,  
al que, en cualquier atasco, daba asombro  
verle sacar mulas y carro al hombro.  
Un colchón a la moza daba asiento,  
porque el mal movimiento  
del carro algún chichón no la levante.  
Lector, es importante  
referir y tener en la memoria  
la menor circunstancia,  
para que, por olvido o ignorancia,  
la verdad no se olvide de esta historia.  
Yendo así caminando,  
vieron un cuervo grande que, volando,  
a veces en el aire se cernía  
y otras el vuelo al carro dirigía.  
– ¡Jesús, qué pajarraco tan feote!,  
dijo la moza. ¿Y ese animalote  
qué nombre es el que tiene?  
– Ése es un cuervo, respondió el arriero;  
embiste a las mujeres y es tan fiero  
que las pica los ojos, se los saca,  
y después de su carne bien se atraca.  
Oyendo esto la moza y reparando  
que el cuervo se acercaba  
al carro donde estaba,  
tendiose en el colchón y, remangando  
las faldas presurosa,  
cara y cabeza se tapó medrosa,  
descubriendo con este desatino  
el bosque y el arroyo femenino.  
Al mirarlos Farruco, alborotose;

subió sobre el colchón, desatascose,  
sacó...¡poder de Dios, qué grande que era...!  
y a la moza a empujones  
enfiló de manera  
que del carro los fuertes enviones,  
en vez de impedimento,  
daban a su timón más movimiento.  
Y en tanto que él saciaba su apetito,  
ella decía: – ¡Sí, cuervo maldito,  
pica, pica a tu antojo,  
que por ahí no me sacas ningún ojo!

### *La sentencia justa*

A cierta moza un húsar, y no es cuento,  
porque le socorriese en sus apuros  
del carnal movimiento,  
le prometió ocho duros  
y después sólo cuatro la dio en paga.  
La moza, descontenta  
con esta trabacuenta,  
para que por justicia se le haga  
aflojar lo restante,  
fue a querellarse de él al comandante.  
Era éste un hombre adusto,  
pero en sus procederes siempre justo,  
y antes de oír a la moza querellante  
quiso que el húsar fuese allí al instante.  
Presentose, en efecto, el demandado  
y, siendo preguntado  
por su jefe de dónde provenía  
la deuda que tenía  
con aquella señora,  
el húsar respondió: Diga ella ahora,  
si lo tuviese a bien, de qué dimana  
una deuda que puede ser liviana.  
– No tengo impedimento,  
la moza dijo entonces. Sabrá usía  
que yo alquilé al señor un aposento  
que vacío tenía  
para que en él metiese ciertos trastos  
que dijo le causaban muchos gastos;  
me ofreció media onza por la renta  
y ahora con la mitad pagarme intenta.

Calló, y el húsar luego  
empezó su defensa con sosiego,  
diciendo: Aunque es verdad que ése fue el trato,  
me salía más caro que barato,  
porque yo solamente  
pude meter un trasto estrechamente  
en el zaquizamí que me alquilaron;  
conque si di por esto  
la mitad de la renta, fue bastante,  
y no creo que el resto  
me obligue ahora a pagar mi comandante.  
A que la querellante, sofocada,  
replicó: Esa excepción no vale nada,  
pues si tuvo el señor por oportuno  
de sus trastos dejar alguno fuera,  
no se quedó ninguno  
por no tener en donde lo metiera;  
que yo desocupada  
otra pieza inmediata le tenía,  
que, aunque es un poco oscura y jaspeada,  
para los que sobran bien servía.  
No dijo más, ni el húsar dijo respuesta  
que su defensa hiciese manifiesta,  
por lo que el comandante  
esta sentencia pronunció al instante:  
– Vaya usted, señor húsar, y en la pieza  
que la señora dice, con presteza,  
meta todos sus trastos por entero  
y páguela completo su dinero.

### *El raigón*

Mientras ausente estaba  
un pobre labrador de su alquería,  
su mujer padecía  
dolor de muelas. Esto lo causaba  
un raigón que, metido  
en la encía, tenía carcomido.  
En el lugar hacía de barbero  
un mancebo maulero  
a quien ella quería,  
por lo cual mandó a un chico que tenía  
le buscarse y dijese  
que a sacarla un raigón luego viniese.



El rapabarbas, como no era payo,  
vino con el recado como un rayo,  
y para hacer la cura  
se encerró con la moza. ¡Qué diablura!  
A veces son los niños de importancia  
para que en la ignorancia  
no se queden mil cosas  
picantes y graciosas;  
digo esto porque nunca se sabría  
lo que el barbero con la moza hacía  
a no ser por el chico marrullero,  
que curioso atisbó en el agujero  
de la llave la diestra sacadura  
del raigón. Repitamos: ¡qué diablura!  
La operación quirúrgica acabose  
y el barbero marchose  
dejando a la paciente mejorada,  
mas del tirón bastante estropeada,  
mientras el chico, alerta,  
a su padre esperó, puesto a la puerta.  
Éste, a comer viniendo presuroso,  
preguntole al muchacho cuidadoso:  
– ¿Está mejor tu madre?  
Y el chico dijo: Ya está buena, padre,  
porque a poco que vino  
el barbero a curarla  
quiso el raigón sacarla,  
y se encerraron para... ya *usté* sabe.  
Bien que yo, por el ojo de la llave,  
pude con disimulo  
ver que no sacó muela,  
sino que estuvo... amuela que te amuela,  
dale... y la sacó al fin de junto al culo  
un raigón... de un tercia, goteando,  
con sus bolas colgando;  
y al mirarlo, en voz alta  
dijo mi madre: "¡Ay, cómo me hace falta!".  
En todas ocasiones,  
al buen entendedor, pocas razones;  
dígoles porque, luego  
que éstas oyó el buen hombre, echando fuego  
por los ojos, a su hijo:  
– Ve corriendo, le dijo;  
di al barbero que en nada se detenga  
y a sacarme un raigón al punto venga,  
que yo entre tanto prevendré una estaca;

veremos si se lleva lo que saca  
ese bribón malvado  
cuando hace falta lo que se ha llevado.  
Partió a carrera abierta  
el chico, y con la tranca de la puerta  
el padre prevenido,  
a quien le había así favorecido  
con intención dañosa  
esperó, sin decir nada a su esposa.  
Erramos los mortales  
en nuestros juicios intelectuales,  
bien el proverbio aquí lo manifiesta:  
«Quien con niños se acuesta...»  
Pues, como iba diciendo de mi cuento,  
el chico en un momento,  
llegó a la barbería,  
llamó al autor de la bellaquería  
y le dio su recado.  
El hombre, descuidado,  
tomó capa y gatillo,  
y ya se iba a marchar con el chiquillo  
cuando, por su fortuna,  
de sus ventosidades soltó una;  
lo que el muchacho oyendo  
le dijo sonriendo:  
– Bien puede usted, maestro, ahora aflojarse,  
que pronto ha de ensuciarse,  
pues mi padre, enfadado,  
del raigón que a mi madre le ha sacado  
porque falta le hacía,  
la tranca de la puerta prevenía;  
y es que, sin duda intenta  
de lo que *usté* sacó tomarle cuenta.  
Cuando esto oyó el barbero,  
soltó capa y sombrero  
y le dijo: Para esa paparrucha  
no es menester que vaya yo. Hijo, escucha:  
corre y dile a tu padre  
que le meta a tu madre,  
si le hace falta, en el lugar vacío,  
otro raigón que tiene igual al mío.

*Los relojes del soldado*

Dieron alojamiento  
a un tunante sargento  
en la casa de cierta labradora,  
viuda, joven, con humos de señora,  
cuyo genio intratable  
en breve con su huésped se hizo amable,  
habiendo reparado  
que era rollizo, sano y bien formado;  
tanto, que dijo para su capote:  
"¡Vaya!, tendrá un bellissimo virote".  
Al tiempo que cenaron,  
mil pullas a los dos se les soltaron;  
y después el sargento  
dijo: – Patrona mía, lo que siento  
es que mi compañía  
marcha al romper el día,  
por lo cual tendré que irme tempranito,  
y quizá no habrá en este lugarcito  
un reloj de campana  
que se oigan dar las tres por la mañana.  
– Aunque no haya ninguno,  
la viuda respondió, yo tengo uno  
en mi corral guardado,  
que es más fijo que el sol por lo arreglado:  
mi gallo, que no atrasa ni adelanta,  
porque a la aurora sin falencia canta.  
– Yo también, respondiola prontamente  
el sargento, un reloj conmigo tengo  
que, cuando está corriente,  
todas las horas da que le prevengo;  
pero para arreglarle  
es preciso las péndolas colgarle,  
dándolas movimiento  
mientras que el minuterero toma asiento,  
que, en teniéndole a gusto,  
apunta bien y da las horas justo;  
mas yo, solo y cansado,  
no le puedo poner en tal estado.  
– Lo hará el señor sargento con mi ayuda,  
le dijo la viuda.  
– Tanto mejor, exclama  
el tunantón, pero será en la cama.  
Y no lo dijo en vano,  
que, tomándola luego de la mano,  
al lecho la conduce  
y, halagándola, pronto la reduce

a que en forma se ponga:  
el minuterero mete,  
las péndolas le cuelgan y arremete  
tan firme a la patrona a troche y moche,  
que dio todas las horas de la noche.  
Gustosa la viuda, aunque cansada,  
vino a dormirse hacia la madrugada;  
y también el sargento, sin cuidado,  
en el gallo fiado,  
cogió el sueño, contento  
de la repetición del movimiento.  
Ya bien entrado el día,  
le despertó la prisa que tenía  
de marcharse temprano,  
porque no cantó el gallo o cantó en vano;  
y viendo que ya había falta hecho,  
al corral fue derecho,  
pilló al pobre reloj de carne y pluma,  
y con presteza suma  
el pescuezo torcióle  
y en el morral, colérico metióle.  
Queriendo antes de irse  
de su amable patrona despedirse,  
volvió a entrar en la alcoba  
y encontró a la muy boba  
destapada y despierta;  
conque cerró la puerta  
y, montándola presto,  
le dijo: Mi reloj se ha descompuesto  
otra vez y, antes de irme en tal estado,  
quiero que me lo pongas arreglado.  
La dócil labradora  
lo arregló y le hizo dar la última hora;  
y él, de la compostura agradecido,  
tomó la puerta habiendo concluido.  
Mas ya en la calle, díjola en voz alta:  
– Si su reloj, patrona, le hace falta,  
no se la dé cuidado.  
porque andaba también algo atrasado,  
y yo para ponerlo como nuevo,  
en mi morral a componer lo llevo.

El cínico Diógenes de Atenas  
con su filosofía  
hizo, mientras vivió, mil cosas buenas,  
siendo su gran manía  
ponerse a procrear públicamente  
a sol radiante y a faldón valiente.  
Decía: – No es razón que a ver a un hombre  
morir se junten tantos  
y el ver fabricar otro les asombre  
para que hagan espantos.  
¡Ay, ya murió este sabio, y su tinaja  
le sirvió de sepulcro y de mortaja!  
Libre, después, del natural pellejo,  
descendió a la morada  
de las errantes sombras, y el buen viejo  
la halló tan embrollada,  
que mandó de su cóncavo profundo  
la relación siguiente a nuestro mundo.  
Dice, pues, que llegando del Leteo  
a la terrible orilla,  
vio al anciano Carón, pálido y feo,  
sentado en su barquilla,  
procurando con mano intermitente  
dar a su seco miembro un emoliente.  
Las sombras de los muertos se agrupaban  
en fantásticas tropas;  
con ademanes lúbricos se alzaban  
las funerarias ropas,  
y trabajaban hembras y varones  
en dar el ser a mil generaciones.  
Atónito Diógenes severo,  
esperó a que acabara  
su operación prolífica el barquero  
para que a la otra orilla le pasara.  
El cual, luego que tuvo a bordo al sabio,  
le dijo así con balbuciente labio:  
– ¡Oh, cínico filósofo! Has llegado  
en un día al Averno  
de polución, pues hoy está ocupado  
el gran Plutón eterno  
en procrear tres furias inhumanas,  
porque están las Euménides ya ancianas.  
A este fin, en su lecho, a lo divino  
embiste a Proserpina,  
y, en tanto, sus vasallos del destino

seguimos la bolina.  
Bien puedes tú, pues hoy no han de juzgarte,  
en los Campos Elíseos embocarte.  
Dijo, y le desembarca al otro lado.  
Diógenes, siguiendo  
su camino, gustoso y admirado,  
las obras iba viendo  
del lujurioso influjo entre los diablos  
de aquellos oscurísimos establos.  
El Can Cerbero y la Quimera holgaban  
en lúbrico recreo;  
las hijas de Dánao se lo daban  
a Ixión, a Prometeo,  
a Tántalo, a Sísifo y a otros muchos  
condenados espectros y avechuchos.  
Minos también, y Caco, y Radamanto,  
alcaldes infernales,  
a las tres viejas Furias entre tanto  
atacaban iguales,  
y Diógenes a todos, satisfecho,  
al pasar les decía: ¡Buen provecho!  
Por último, a Plutón y Proserpina  
llegó a ver en la cama,  
armando, al engendrar, tal tremolina  
entre sulfúrea llama,  
que sus varias y bellas contorsiones  
imitaban culebras y dragones.  
En vez de semen, alquitrán vertían;  
moscardas les picaban;  
los fétidos alientos que expelían  
el Averno infestaban;  
y, por suspiros, daban alaridos  
de su placer furioso poseídos.  
Aquí exclamó Diógenes, y acaba  
su relación con esto:  
– ¡Qué bien hacía yo cuando engendraba  
públicamente puesto!  
¡No ocultéis más, mortales, un trabajo  
que hacen diablos y dioses a destajo!

### *La medicina de san Agustín*

En la ciudad alegre y renombrada  
que riega, saltarín, Guadalmedina,

empezó a padecer de mal de orina  
una recién casada  
de edad de veinte años,  
a quien vinieron semejantes daños  
de que su viejo esposo,  
setentón lujurioso,  
por más esfuerzos que a su lado hacía  
y con sus refregones la impelía  
al conyugal recreo,  
jamás satisfacía su deseo,  
quedando a media rienda el pobrecito  
con un moco de pavo tan maldito,  
que la moza, volada,  
enfermó de calor. ¡Ahí que no es nada!  
Era harto escrupulosa  
la requemada esposa,  
y, por calmar su ardor la penitencia,  
frecuentaba los santos sacramentos  
pensando que aliviaran su conciencia  
ciertos caritativos argumentos  
con que un fraile agustino  
daba lecciones del amor divino.  
Refiriole afligida  
las fatigas que el viejo impertinente,  
su esposo, aunque impotente,  
la obligaba a sufrir y que, encendida,  
después que la atentaba  
y de asquerosas babas la llenaba,  
en el crítico instante  
la dejaba ardorosa y titilante.  
Y aquí, lector, no cuento  
lo que también contó de un sordo viento,  
fétido y asqueroso,  
que expelía en la acción su anciano esposo,  
caliente y a menudo;  
mas por mí no lo dudo,  
porque la edad en tales ocasiones  
afloja del violín los diapasones.  
Volvamos sin tardanza  
al agustino, que entendió la danza  
y la dijo: Esta tarde  
a solas quiero, hermana, que me aguarde  
en su cuarto y haré que el mal de orina  
se le cure con una medicina  
que el gran padre Agustín, santo glorioso,  
a nuestra religión dejó piadoso.

En esto concertados,  
el bravo confesor y la paciente  
a la tarde siguiente  
en una alcoba entraron, y, encerrados  
allí, Su Reverencia  
a la joven curó de su dolencia  
con un modo suave  
y al mismo tiempo vigoroso y grave.  
Entre tanto, el esposo  
con un médico había, cuidadoso,  
consultado los males  
que su mujer sufría tan fatales  
y a su casa consigo le traía  
a tiempo que salía  
de ella el buen confesor, gargajeando  
y de la fuerte operación sudando.  
Sin detenerse el viejo en otra cosa,  
entró y dijo a su esposa:  
– Mira, hijita, qué médico he buscado,  
que dejará curado  
ese tu mal de orina  
aplicándote alguna medicina.  
Y ella al galeno entonces, muy serena,  
dijo: No es menester, que ya estoy buena;  
mi enfermedad penosa  
ha cedido a la fuerza milagrosa  
que San Agustín puso en los pepinos  
de los robustos frailes agustinos.

### *Once y trece*

#### I

Con un robusto fraile carmelita  
se confesaba un día una mocita  
diciendo: – Yo me acuso, padre mío,  
de que con lujurioso desvarío  
he profanado el sexto mandamiento  
estando con un fraile amancebada,  
pero ya de mi culpa me arrepiento  
y espero verme de ella perdonada.  
– ¡Válgame Dios!, el confesor responde  
encendido de cólera. ¿Hasta dónde  
ha de llegar el vicio en las mujeres,



pues sacrílegos son ya sus placeres?  
Si con algún seglar trato tuviera,  
no tanta culpa fuera,  
mas con un religioso... Diga, hermana:  
¿qué encuentra en él su condición liviana?  
La moza respondiolo compungida:  
– Padre, hombre alguno no hallaré en vida  
que tenga tal potencia.  
Sepa Su Reverencia  
que mi fraile, después que me ha montado  
trece veces al día, aún queda armado.  
– ¡Sopla!, dijo admirado el carmelita.  
¡Buen provecho, hermanita!  
De tal poder es propio tal desorden;  
de once... sí... ya los tiene nuestra orden,  
cuando alguno se esfuerza...  
pero ¡trece!... jerónimo es por fuerza.

## II

La casa de una moza visitaba  
un jerónimo grave con frecuencia,  
y en ella muchas veces exaltaba  
de su orden poderosa la excelencia.  
Entre las propiedades que elogiaba  
con más grave fervor Su Reverencia  
era la de las fuerzas genitales,  
en que son los jerónimos brutales.  
– Ya sé, dijo la moza, que infinitas  
son las fuerzas de tropa tan valiente,  
pues de los monacales las visitas  
sacian a la devota más ardiente;  
si hacen once los padres carmelitas,  
los jerónimos trece comúnmente;  
pero trece, por más que se pondera,  
es docena de frailes cualesquiera.  
– Ese refrán no prueba lo bastante,  
el jerónimo dijo algo picado.  
Mas un convenio hagamos al instante  
que mi instituto deje acreditado,  
y es que, después que jugueteón y amante  
la docena del fraile te haya echado,  
por cada vez de más que te lo haga  
una onza de oro me darás en paga.  
– Está muy bien; acepto ese partido,  
la moza replicó. Mas convendremos

en que si de las trece que ha ofrecido  
falta alguna, la falta ajustaremos  
a onza de oro, cual yo he prometido.  
– Sea en buen hora y juntos dormiremos,  
respondió el reverendo complacido,  
pues si esta noche en mi convento falto  
es para conseguirle honor más alto.  
Hecho el trato, a las doce se acostaron;  
matan la luz, empiezan las quimeras,  
y ocho postas seguidas galoparon  
sin dar paz a riñones ni a caderas;  
mas luego que la nona comenzaron  
paró la moza sus asentaderas,  
porque la pobre ya más no podía.  
¡Tan duro y firme el fraile lo tenía!  
En fin, al ser de día, el religioso  
corrió la posta trece por entero  
y de la moza el chisme cosquilloso  
uso como de patos bebedero.  
Ella, viendo el estado vigoroso  
del fraile y en peligro su dinero,  
pretextando un aprieto no decente,  
saliose de la alcoba prontamente.  
Buscó y llamó en silencio a su criada;  
contole del concierto el mal estado  
y que ella no se hallaba para nada  
porque el fraile la había derrengado;  
mas que, por no quedar avergonzada,  
el recurso que había imaginado  
era que sin chistar corriendo fuera  
y en la cama con él se zambullera.  
Una yesca encendía el fraile en tanto,  
y el pedernal con lumbre brilladora  
a la criada al entrar dio tal espanto  
que, volviéndose, dijo a su señora:  
– ¡Ay, que es su aquél como un brazo de santo!  
¡Lo he visto y no me atrevo a entrar ahora,  
pues a lo tieso al fraile se le junta  
que le está echando fuego por la punta!

### *La oración de san Gregorio*

Un cura y su criada en una aldea  
la noche de difuntos

se calentaban juntos  
al fuego de una grande chimenea.  
La doncella era joven y graciosa  
tanto como inocente,  
y el cura un hombre ardiente,  
de barriga y gordura prodigiosa,  
porque siempre estos bienaventurados  
son de salud por el Señor colmados.  
Al ir al dormitorio,  
la mujer dijo al cura, compungida:  
– ¡Ay, Señor!, estarán en la otra vida  
almas del Purgatorio  
esta noche esperando  
los sufragios que allí vayan llegando  
de unas y otras gentes,  
para subir al Cielo,  
y, aunque he rezado yo por mis parientes,  
no sé si este consuelo  
lograrán por mis cortas oraciones,  
porque eso también anda en opiniones.  
– Cierto, la dijo el cura suspirando,  
desnudo ya, subiéndose a la cama  
y sus formas rollizas enseñando;  
cierto que no hay sufragios suficientes  
para sacar las ánimas benditas  
de la llama cruel del Purgatorio,  
si no es cierta oración de San Gregorio  
que consigue indulgencias infinitas.  
Cada vez que se reza por un alma,  
sube al instante al Cielo con su palma;  
mas no puede rezarse  
sino entre dos al tiempo de acostarse.  
– ¡Oh!, si en esto consiste,  
respondió la doncella,  
señor cura, por Dios que la recemos  
entre los dos y luego dormiremos;  
iranse por mis padres aplicando  
al tiempo de ir rezando.  
– Bien. Aunque tengo sueño, dijo el cura,  
lo haré porque te estimo:  
acuéstate a mi lado  
y no tengas cuidado  
si en medio del fervor a ti me arrimo,  
porque estas oraciones  
tienen su ahogo y sus espiraciones.  
Con arreglo a las tales circunstancias,

rezaron juntos la oración primera,  
que se aplicó a la madre  
de la pobre soltera,  
y ella exclamó: Prontito por mi padre  
recemos, señor cura, que no dudo,  
por el placer que el rezo me ocasiona,  
que mi madre en el Cielo se corona.  
Como mejor se pudo,  
y a fe que bien lo hicieron,  
después rezando fueron  
por los tíos, hermanos  
y parientes lejanos  
de que se fue acordando la mozuela,  
y en fin sólo un abuelo  
faltaba de tan larga parentela  
que conducir al Cielo.  
El cura, ya cansado  
porque había salvado  
con su santa faena  
diez ánimas en pena,  
por más que se afanaba,  
se encendía y sudaba  
y mil esfuerzos con vigor hacía,  
arrancar aquel muerto no podía.  
Y la moza, notando  
esta falta, le dijo: ¿Qué?, ¿mi abuelo  
no ha de subir al Cielo?  
A que respondió el cura desmontando:  
– No, porque él no rezaba a san Gregorio.  
Déjalo que se esté en el Purgatorio.

### *Los nudos*

Casarse una soltera recelaba,  
temiendo el grave daño que causaba  
el fuerte ataque varonil primero  
hasta dejar corriente el agujero.  
La madre, que su miedo conocía,  
si a su hija algún joven la pedía  
con el honesto fin del casamiento,  
procedía con tiento,  
sin quitarle del todo la esperanza,  
hasta que en confianza  
al galán preguntaba sigilosa

si muy grande o muy chica era su cosa.  
Luego que esta cuestión cualquiera oía,  
alarde al punto hacía  
de que naturaleza  
le había dado suficiente pieza.  
Quién decía "yo más de cuarta tengo";  
quién "yo una tercia larga la prevengo";  
y un oficial mostró por cosa rara  
un soberbio espigón de media vara.  
Tan grandes dimensiones iba viendo  
la madre y a los novios despidiendo,  
diciéndoles: – Mi niña quiere un hombre  
que con tamaños tales no la asombre:  
un marido de medios muy escaso;  
y así, ustedes no sirven para el caso.  
Corrió en breve la fama  
del extraño capricho de esta dama,  
hasta llegar a un pobretón cadete  
que, luego que lo supo, se promete  
vivir en adelante más dichoso  
llegando con astucia a ser su esposo.  
Presentose en la casa  
y, lamentando su fortuna escasa,  
dijo que hasta en las partes naturales  
eran sus medios en pobreza iguales.  
Oyendo esta noticia,  
la madre le acaricia,  
y, como tal pobreza la acomoda,  
al cadete en seguida hizo la boda.  
Ajustada conforme a su deseo,  
en la primera noche de himeneo  
se acostó con su novio muy gustosa,  
sin temor, la doncella melindrosa;  
mas, apenas su amor en ella ensaya,  
cuando enseñó el cadete un trastivaya  
tan largo, tan rechoncho y desgorrado,  
que mil monjas le hubieran codiciado.  
La moza, al verlo, a todo trapo llora;  
llama a su madre y su favor implora,  
la que, en el cuarto entrando  
y de su yerno el cucharón mirando,  
empezó del engaño a lamentarse  
diciendo que le haría descasarse.  
Y el cadete, el ataque suspendiendo,  
así la habló, su astucia defendiendo:  
– Señora suegra, en esto no hay engaño;

yo no le haré a mi novia ningún daño,  
porque tengo un remedio  
con que el tamaño quede en un buen medio.  
Deme un pañuelo; me echaré en la cosa  
unos nudos que escurran, y mi esposa,  
según que con la punta yo la incite,  
pedirá la ración que necesite.  
*Usté*, que por las puntas el pañuelo  
tendrá para evitar todo recelo,  
los nudos, según pida, irá soltando  
y aquello que la guste irá colando.  
No pudiendo encontrar mejor partido,  
abrazaron las dos el prevenido:  
al escabullo encajan el casquete,  
y la alta empresa comenzó el cadete.  
Así que la mocita  
sintió la titilante cosquillita,  
a su madre pidió que desatara  
un nudo, para que algo más entrara.  
Siguieron la función según se pudo,  
a cada golpe desatando un nudo,  
hasta que al fin, quedando sin pañuelo  
el potente ciruelo  
dentro ya del ojal a rempujones,  
apenas ver dejaba los borlones.  
Mas ella, no saciando su apetito,  
decía: ¡Madre, quite otro nudito!  
A que exclamó la vieja, sofocada:  
– ¡Qué nudo ni qué nada!  
Ya no queda ni nudo ni pañuelo,  
que estás con tu marido pelo a pelo.  
– ¡Cómo!, la hija respondió furiosa.  
¿Pues qué hizo *usté* de tan cumplida cosa?  
¡Ay, Dios se lo perdone!,  
siempre mi madre mi desdicha fragua;  
todo lo que en las manos se le pone  
al instante lo vuelve sal y agua.

### *La limosna*

A pedir la limosna acostumbrada  
a una granja del pueblo separada  
llegó un fornido lego franciscano,  
y encontró de carácter muy humano

a una viuda y joven labradora  
que era de aquella granja la señora.  
Ésta, luego que vio tan colorado  
al lego, tan robusto y bien tratado,  
sintió cierta pasión picante y viva  
que aumentó su virtud caritativa.  
Echole en las alforjas varias cosas  
al paladar gustosas  
con que los reverendos regalones  
suelen regodearse en ocasiones  
y, ya muy bien provisto por su mano,  
le dijo al irse: – ¿Quiere más, hermano?  
– Quiero lo que me den, respondió el lego;  
mas lo que haya de ser, dómelo luego,  
porque quien pronto da y sin intereses  
hace una buena acción y da dos veces.  
– Pues voy a darle, replicó la hermana,  
un velloncito negro de mi lana,  
que le puede servir de cabecera  
cuando se quede del convento fuera.  
En efecto, le trajo un velloncito  
muy negro, muy rizado y peinadito,  
que el lego recogió con gran sosiego,  
queriendo marchar luego,  
diciendo "¡sea por Dios!", según costumbre,  
sin que el nuevo regalo diese lumbre.  
Mas la viuda, cogiéndole la punta  
del cordón, le detiene y le pregunta,  
afable y cariñosa,  
si no necesitaba de otra cosa.  
A que él dijo: – No habrá nada que sobre  
a mi comunidad, porque es muy pobre,  
y de todo, hermanita,  
la orden de San Francisco necesita.  
Mientras esto pasaba,  
una gallina dentro cacareaba  
y la viuda al lego dijo: – Espere,  
hermano, y llevará si lo quisiere,  
pues por mayor regalo se lo ofrezco,  
de mi pollita blanca un huevo fresco.  
– Hermana, uno no basta,  
dijo el lego, que cada fraile gasta,  
para su provisión por todo el año,  
un par de huevos y de buen tamaño.  
La labradora entonces junto al lego  
se arrima con más fuego

y, sin andarse en otros perendengues,  
le dice cariñosa haciendo dengues:  
– Pues, hermano, que tome le aconsejo  
para regalo suyo este conejo.  
– No lo gasto tampoco; mas no obstante,  
el lego la responde, aquí delante,  
pues es limosna, engánchele al momento;  
le llevaré al guardián de mi convento,  
que lo suele comer muy a menudo,  
aunque tenga sus pelos y esté crudo.

### *A Roma por todo*

Un payo a confesarse a Madrid vino  
por ver si un reverendo capuchino,  
que de gran santidad fama tenía,  
de sus grandes pecados le absolvía.  
Dirigiose al convento  
de este varón sagrado  
y le halló en el asiento  
de su confesionario, rellanado,  
absolviendo a sujetos diferentes  
que tenían las caras penitentes.  
Llegó al payo su vez y, arrodillado,  
– Padre, le dice, mi mayor pecado,  
que me pesa en extremo  
porque mil veces temo  
por esta causa verme condenado  
sin que la paz de Dios nunca recobre,  
es tener la desdicha de ser pobre.  
– ¿Y a ello pecado llama?  
Cristo amó la pobreza, el fraile exclama,  
y ésa no es culpa.  
– ¡Ay, padre!, el payo dice,  
es que, como yo soy tan infelice,  
mi mujer y mi madre,  
mis tres cuñadas mozas y mi padre  
para vivir tenemos un cuartito  
no más, porque yo estoy muy pobrecito.  
– Vamos, le manda el fraile, hijo, prosiga,  
que todavía en vano se fatiga.  
– Allá voy, siguió el payo, suspirando;  
pues, como iba contando,  
una cama hay no más en esta pieza



para tantas personas; mi pobreza  
no permite tampoco que tengamos  
ninguna luz cuando nos acostamos,  
y así yo, equivocado,  
muchas veces a oscuras he topado  
en vez de mi mujer, ¡ay!, con mi madre,  
y otras veces... ¡Ay, padre,  
será fuerza ir a Roma  
si de absolverme el cargo no se toma!  
Aquí, mientras el payo suspiraba,  
el fraile se encogía y encerraba  
en el confesionario, y luego dijo:  
– Acaba pronto, hijo,  
mientras que yo en seguro me acomodo,  
porque, como ahora estás tan agitado  
y aquí no hay luz, con este pobre modo  
puedes topar conmigo equivocado.  
– No haré, replicó el payo,  
que huele a capuchino vuestro sayo;  
pero a mí me han perdido  
las equivocaciones:  
sin luz, medio dormido,  
he compuesto en diversas ocasiones,  
lo mismo que a mi madre a mis cuñadas,  
y todas cuatro están embarazadas.  
Si el cargo no se toma  
Su Reverencia, padre, de absolverme,  
me costarán mis culpas ir a Roma  
y no sé en mi pobreza cómo hacerme.  
A lo que dijo el fraile: – ¡Pobrecito!,  
todavía no es tiempo. Corre, hijito;  
ve y compón a tu padre, y de este modo  
irás a Roma de una vez por todo.

### *El resfriado*

Montada en la trasera de su mulo,  
a una pobre aldehuela  
llevaba un arriero a una mozuela,  
la cual, con disimulo,  
o por flato o por malos alimentos,  
solía soltar envenenados vientos.  
Iba estando el arriero sofocado  
del mal olor, y díjola enfadado:

– Mira que cuando des en aflojarte  
de esa suerte, no tienes que quejarte  
si me aburro y te apeo  
y encima de ti un rato me recreo,  
porque el flato se cura en ocasiones  
con ciertas lavativas a empujones.  
La mozuela calló atemorizada;  
pero, como la pobre iba cargada,  
por más que se encogía,  
el aire a su pesar se le salía.  
Y así, al primer rumor extraordinario  
que escuchó el arriero temerario,  
la bajó diligente,  
la tendió prontamente  
y, para dar remedio a su fatiga,  
la estrujó cuerpo a cuerpo la barriga,  
quedando él más ligero  
y ella mucho mejor del flato fiero.  
Concluyose, siguieron caminando,  
y la moza también de cuando en cuando  
siguió echando gerundios garrafales,  
los que nuestro arriero, por sus males,  
apenas escuchaba,  
cuando otra vez de nuevo la estrujaba.  
Tanto usó del remedio,  
que al hombre al fin le vino a causar tedio,  
y, aunque con más estruendo ella expelía  
el viento, el arriero ya no oía.  
Y la muchacha, al ver que su costumbre  
no daba entonces lumbre,  
le dijo: ¡Ay, Dios! Tío Juan, que me he aflojado,  
¿no oye *usté* qué rumor se me ha escapado?  
Detengamos el mulo  
y póngame en el suelo.  
A lo que él respondió volviendo el culo:  
– Estoy ya resfriado y no te huelo.

### *El onanismo*

Un zagalón del campo,  
de estos de "acá me zampo",  
con un fraile panzón se confesaba,  
que anteojos gastaba  
porque, según decía,

de cortedad de vista padecía.  
Llegó el zagal al sexto mandamiento,  
donde tropieza todo entendimiento,  
y dijo: – Padre, yo a mujer ninguna  
jamás puse a parir, pues mi fortuna  
hace que me divierta solamente,  
cuando es un caso urgente,  
con lo que me colgó naturaleza,  
y lo sé manejar con gran destreza.  
– ¿Conque contigo mismo,  
dice el fraile enojado,  
en un lance apretado  
te diviertes usando el onanismo?  
– No, padre, el zagal clama;  
no creo que es así como se llama  
mi diversión, sino la...  
– Calla, hombre,  
dice el fraile, yo sé muy bien el nombre  
que dan a esa vil treta,  
infame consonante de retreta.  
¿Tú no sabes que fue vicio tan feo  
invención detestable de un hebreo,  
y que tú, por tenerlo, estás maldito;  
del Espíritu Santo estás proscrito;  
estás predestinado  
para ser condenado;  
estás ardiendo ya en la fiera llama  
del Infierno, y...?  
– ¡No más!, el mozo exclama,  
queriendo disculparse.  
Esta mañana no debe graduarse  
en mí de culpa, padre. Yo lo hacía  
porque veo muy poco, y me decía  
mi primo el sastre que se le aclaraba  
la vista al que retreta se tocaba.  
Aquí con mayor ira  
el fraile replicó: – ¡Todo es mentira!  
Si fueran ciertos esos formularios,  
las pulgas viera yo en los campanarios.

### *La paga adelantada*

Una soltera muy escrupulosa  
casarse rehusaba,

y decía a su madre que pensaba  
que hacer la mala cosa,  
aun después de casada, era pecado.  
Un bigardón del caso fue informado  
y habiéndose en la casa introducido  
y hallándose querido,  
pidió a la niña luego en casamiento.  
Ella el consentimiento  
dio con la condición de que tres veces  
en la primera noche se lo haría  
por ponerla corriente, y seguiría  
luego una sola vez todos los meses.  
Hízose al fin la boda  
y, de la noche ya llegado el plazo,  
la muchacha tres veces, brazo a brazo,  
sufrió, sin menearse, la acción toda.  
Concluyó el fuerte mozo su trabajo  
y durmiese cansado; ella, impaciente,  
andaba impertinente  
volviéndose de arriba para abajo,  
hasta que él acabó por despertarse  
y huraño dijo: – ¡Hay tal cosquillería,  
que por dos veces ya me has despertado!  
Y ella exclamó, acabando de arrimarse:  
– ¿Me quieres dar un mes adelantado?

### *Las tijeras del fraile*

Yéndose a confesar cierta criada,  
muy joven, inocente y agraciada,  
con un fraile jerónimo extremeño,  
más bravío que toro navarro,  
le sucedió un percance vergonzoso  
digno de ser sabido por chistoso.  
Hizo su confesión la tal sirviente  
como la hace cualquiera penitente,  
con profunda humildad y abatimiento,  
y pasó en blanco el sexto mandamiento.  
Notando el confesor el raro brinco,  
la preguntó con lujurioso ahínco  
por qué el santo precepto se saltaba  
sin decir de qué y cómo se acusaba.  
A lo que ella responde llanamente:  
– Nunca he pecado en él, ni venialmente.

Ante tan gran rareza,  
mirola de los pies a la cabeza  
el fraile, y pensó al punto: o yo estoy loco,  
o esto no es de perder, pues de esto hay poco.  
Siéntese con la cosa ya alterada  
y, echando por la iglesia una ojeada,  
notó que había en ella poca gente  
y discurrió un diabólico expediente.  
No hallando en qué imponerla penitencia,  
pues la moza era un pozo de inocencia,  
la dice: – ¿Y cómo, siendo tan hermosa  
no pone más cuidado en ser curiosa?  
Ese pelo, ¿por qué no está atusado?  
Esa cara, ¿por qué no se ha lavado?  
Y qué diré al mirar uñas tan fieras,  
¿acaso es que en su casa no hay tijeras?  
Pues, para que haga lo que la prevengo,  
voy a darla unas finas que aquí tengo.  
Agárrala una mano y la dirige  
sin más ni más a donde tiene el dije  
y, estando ya la hornilla preparada,  
en cuanto tropezó se halló mojada.  
Retira el brazo, llena de sorpresa,  
limpiándose la goma a toda priesa,  
y el fraile la pregunta: – ¿Te has cortado?  
Pues ya hace un mes que no se han amolado.

### *Cualquier cosa*

Una noche de enero,  
estaba calentándose al brasero  
una joven casada,  
la ropa a las rodillas remangada,  
porque así no temía  
quemarse en tanto que labor hacía.  
De este modo esperaba a su marido,  
que era un pobre artesano,  
mientras entretenido  
un chico que tenía, por su mano  
castañas en la lumbre iba metiendo  
y el rescoldo con ellas revolviendo.  
Así agachado, de su madre enfrente,  
asaba diligente  
una y otra castaña,

cuando, la vista alzando descuidado,  
vio con admiración cierta montaña  
de pelo engrifado,  
con que se coronaba y guarnecía  
un ojal que su madre allí tenía.  
Con tal visión se puso  
el muchacho confuso;  
mas queriendo, curioso,  
saber si en aquel sitio tenebroso  
alguna trampantoja se escondía  
y qué hondura tenía,  
poquirritito a poco, aunque con miedo,  
se fue acercando, y... ¡zas!, la metió el dedo.  
Respingose la madre y dio un chillido  
por no estar su agujero prevenido  
para esta tentadura inesperada,  
y al dejar, agitada,  
su silla, tropezó con el puchero  
del guisado y vertióle en el brasero.  
El muchacho, que vio con sobresalto  
arruinada la cena por el salto,  
dijo: – ¿De qué se asusta, madre mía,  
si era yo quien el dedo la metía?  
Dígame usted ¿qué es eso  
que tiene entre las piernas tan espeso?  
– ¿Qué te importa?, le dijo muy rabiosa  
la madre. Eso será... cualquiera cosa.  
¡Miren qué travesura!  
¡No es mala tentación de criatura  
buscarle las cosquillas a su madre  
para que sin cenar deje a su padre!  
Ya verás, cuando venga y se lo cuente,  
qué linda zurra te dará en caliente.  
El chico, temeroso,  
la pidió que callase,  
pues jamás volvería a ser curioso  
como a su padre nada le contase;  
y la madre, por fin desenojada,  
cuando vino el marido  
le refirió que el gato había vertido  
la cena preparada,  
derribando el puchero  
que estaba calentándose al brasero.  
El hombre, que la amaba,  
aunque no le gustaba  
quedarse sin cenar, como a su hijo,

– ¡Qué hemos de hacer!, la dijo.  
Por esta noche, esposa,  
cenaremos los tres cualquiera cosa.  
Apenas el muchacho hubo escuchado  
esta resolución, cuando, agitado,  
de tal suerte gemía,  
que le preguntó el padre qué tenía.  
Y el chico, con mayores desconsuelos,  
respondió con voz llorosa:  
– ¡Yo no quiero cenar cualquiera cosa,  
padre, que está mojada y tiene pelos!

### *El cañamón*

Cierta viuda, joven y devota,  
cuyo nombre se sabe y no se anota,  
padecía de escrúpulos, de suerte  
que a veces la ponían a la muerte.  
Un día que se hallaba acometida  
de este mal que acababa con su vida,  
confesarse dispuso,  
y dijo al confesor: – Padre, me acuso  
de que ayer, porque soy muy guluzmera,  
sin acordarme de que viernes era,  
quité del pico a un tordo que mantengo,  
jugando, un cañamón que le había dado  
y me lo comí yo. Por tal pecado  
sobresaltada la conciencia tengo  
y no hallo a mi dolor consuelo alguno,  
al recordar que quebranté el ayuno.  
Díjola el padre: – Hija,  
no con melindres venga,  
ni por vanos escrúpulos se aflija,  
cuando tal vez otros pecados tenga.  
Entonces, la devota de mi historia,  
después de haber revuelto su memoria,  
dijo: – Pues es verdad; la otra mañana  
me gozó un fraile de tan buena gana  
que, en un momento, con las bragas caídas,  
once descargas me tiró seguidas  
y, porque está algo gordo el pobrecito,  
se fatigó un poquito  
y se fue con la pena  
de no haber completado la docena.

Oyendo semejante desparpajo,  
el cura un brinco dio, soltó dos coces,  
y salió por la iglesia dando voces  
y diciendo: – ¡Carajo!,  
¡echarla once y no seguir por gordo!  
¡Eso sí es cañamón, y no el del tordo!

### *La linterna mágica*

Un novicio tenía en su convento  
el entretenimiento,  
cuando a solas estaba,  
de tocarse el guión que le colgaba,  
porque, como del claustro no salía,  
gozar de otros placeres no podía.  
Sorprendióle en sus sucios ejercicios  
una vez el maestro de novicios,  
y el converso, turbado,  
queriendo se ocultase su pecado,  
imploró la piedad del reverendo,  
el cual así le dijo sonriendo:  
– Hermano, yo conozco la flaqueza  
de la naturaleza;  
sé que en esta mansión de santa calma  
la carne nos domina cuerpo y alma,  
y a perdonar su culpa me acomodo.  
Pero quiero me diga de qué modo  
puede hacerse ilusión consigo mismo,  
pues, aunque usaba yo del onanismo  
cuando era mozalbete sin dinero,  
luego que descubrí cierto agujero  
que tienen las mujeres,  
sólo con ellas pude hallar placeres.  
El novicio, admirando la clemencia  
de su maestro, así a Su Reverencia  
le descubre el secreto,  
diciéndole: – Maestro, en un aprieto,  
es mi imaginación ardiente y viva  
quien me ayuda a la parte sensitiva,  
porque, en las ilusiones que me ofrece,  
una linterna mágica parece.  
*Verbi gratia*: figúrome que veo  
pasar con lujurioso contoneo  
a la Ojazos, y exclamo "¡ay, Dios, qué hermosa!"



y empuño, como veis, luego mi cosa;  
dándole... uno... dos... tres... golpes de mano  
que a la Ojazos dedico muy ufano.  
Después digo "ahora pasan las Trapitos  
con melindres y adornos exquisitos;  
¡qué morenas que son...!, ¡qué provocantes!";  
y a su salud van dos pasavolantes.  
Luego pienso "allá va la Zapatera,  
que un mar de tetas lleva en la pechera.  
¡Ah!, ¡qué gorda!, ¡qué blanca!, ¡qué aseada!,  
¡qué pierna se la ve tan torneada!  
Bien merece su garbo soberano  
la dedique seis golpes de mi mano:  
uno..., dos..." Aquí el fraile, que veía  
que el novicio a lo vivo proseguía  
su cosa golpeando  
y que ya de la cuenta iba pasando,  
le dijo: – Espere y, ya que así se aplica,  
dígame a quién dedica  
de su linterna mágica el pecado.  
A que el novicio respondió siguiendo  
su negocio, y la obra concluyendo:  
– ¡Ay, padre!, pues pasó la Zapatera,  
esta va a la... ¡qué gusto!... a la cualquiera.

*El «¿pues y qué?»*

A un alcalde de corte a presentarse  
fue una mujer, diciendo iba a quejarse  
de que el débito santo la mermaba  
su marido y jamás la contentaba.  
El alcalde mandó que al otro día  
ante su señoría  
los dos se presentasen en la audiencia,  
donde recibirían su sentencia;  
y, después de cenar, de sobremesa  
refirió a la alcaldesa  
la queja que, pendiente  
ante su tribunal, al día siguiente  
debía sentenciarse,  
con que pensaba lindamente holgarse.  
La alcaldesa también quejosa estaba  
del alcalde en el punto de que hablaba,  
pues, aunque ella solía acariciarle

siempre que la golilla le ponía,  
no lograba ablandarle  
y a un golilla en la cama mantenía.  
Por lo mismo, curiosa, determina  
escuchar de esta queja la sentencia,  
y al otro día se escondió en la audiencia,  
muy temprano, detrás de una cortina.  
Entró el alcalde, luego, el matrimonio;  
y para dar de todo testimonio,  
después, el escribano  
con semblante infernal y pluma en mano.  
Cuando la acusación oyó el marido,  
de cólera encendido,  
se volvió a su mujer y de esta suerte  
la dice sofocado: – Es cosa fuerte  
que pongas mi potencia en opiniones,  
sabiendo bien que en todas ocasiones,  
apenas en la cama estás metida,  
cuando enristro y te pego mi embestida.  
A lo que ella responde desdeñosa:  
– ¿Pues y qué?  
Y él siguió: – Pues a otra cosa:  
¿negarás que también cuando amanece,  
hora en que todo humano miembro crece,  
contra tus partes gravemente juego  
y el perejil con profusión te riego?  
– ¿Pues y qué? Y el marido proseguía,  
viendo que a su mujer no convencía:  
– ¿Y acaso negarás que por las siestas,  
a pesar del calor, te hago mil fiestas  
y que el ataque entonces, aunque largo,  
no abandono jamás si no descargo?  
A que la mujer dice, haciendo un gesto:  
– ¿Pues y qué? Pero apenas dijo esto,  
cuando de pronto se mostró en la sala  
la alcaldesa exclamando: – ¡Enhoramala,  
váyase la insolente de la audiencia  
antes que se me apure la paciencia  
y mande que la azoten como a Cristo!  
¿Hay mayor desvergüenza? ¿Quién ha visto  
con tal superchería  
mujer de poluciones más avara?  
Yo soy una alcaldesa y cada día  
con sólo un «¿pues y qué?» me contentara.

*El modo de hacer pontífices*

Un joven arriscado  
de una soltera estaba enamorado  
y el tiempo que a su lado estar podía  
el dedo la metía  
para saciar de amor su ardiente llama  
sin que pierda su fama,  
y ella, en tanto, la mano deslizando  
por bajo de la capa  
que es quien urgencias semejantes tapa,  
manejándole aquello, cariñosa,  
le sacaba la savia pegajosa.  
A este entretenimiento  
puso fin de la Iglesia el cumplimiento;  
fue a confesar el joven, cabizbajo,  
y contándole al fraile su trabajo,  
en vano se disculpa,  
pues Su Paternidad siente que es culpa  
su diversión muy grave,  
y en tono de sermón dice que sabe  
que el Espíritu Santo  
maldice al hombre que con vicio tanto,  
por su infame malicia,  
en la tierra su jugo desperdicia  
cuando, bien empleado en cuerpo humano,  
quizá produciría  
un obispo o pontífice romano;  
y que si le absolvía  
era con condición de que volviese  
pasada una semana  
enmendado de culpa tan liviana  
y que lo mismo hiciese  
la cómplice infeliz de su delito.  
Pasó el tiempo prescrito  
y el penitente presentose ufano.  
– Padre, le dijo, ya porque no en vano  
en la tierra se vierta la simiente  
al tiempo que al salir se precipita,  
mi amada, diligente,  
la ha recogido en esta redomita,  
que traigo para que haga lo que quiera,  
echándola a su gusto en cuerpo humano;  
pero si mi opinión prevaleciera,

sólo haría un pontífice romano.

### *Las gollerías*

Oye, Apolo, mi acento,  
ven a inspirarme un cuento,  
pues hace muchos días  
que, temeroso de las penas mías,  
quieres en vano tu piedad aguarde,  
y tu fuego me infundes mal o tarde.  
Parece que se apiada  
con esta invocación porque, exaltada  
por su influencia mi memoria, siento  
y empiezo así a contar. En un convento  
de padres capuchinos halló un día  
el guardián un billete que decía:  
«Hermana Mariquita:  
espérame esta tarde peinadita,  
lavadita y compuesta,  
que iré y tendremos en la cama fiesta».  
Con este escandaloso contenido,  
de rabia el reverendo poseído,  
ordenó que a capítulo tocasen,  
y que en el refectorio se juntasen  
sin tardar un momento  
todos los gordos frailes del convento.  
Obedecieron éstos cabizbajos  
pensando "¿qué apostólicos trabajos  
nuestro padre guardián hoy nos previene,  
pues tanta prisa en convocarnos tiene?"  
Ya la comunidad estaba junta,  
en medio se presenta y les pregunta:  
– ¿Quién es el fraile impío  
que ha escrito este billete?  
¡Miren su lujurioso desvarío!  
Pues a mí castigarlo me compete,  
digan lo mando así bajo obediencia  
quién es para imponerle penitencia.  
En seguida leyó encolerizado  
en voz alta el billete mencionado,  
y oyendo la impiedad los frailes todos  
mostraron su rubor de varios modos:  
Cuál, con gestos horrendos,  
la cita detestaba;

cuál, con gritos tremendos,  
"¿es joven la hermanita?", preguntaba;  
pero ninguno, en tanto, su delito  
confesó como autor de tal escrito.  
Por último, a las plantas se arrojaron  
del grave superior y le rogaron  
que no se publicara  
tan infame papel y deshonrara  
a la comunidad con desatinos  
impropios de los frailes capuchinos.  
– ¡Ah!, no es el crimen, exclamó furioso  
el padre guardián, lo que me irrita,  
sino las circunstancias de la cita;  
porque en un religioso  
es la mayor de las bellaquerías  
pedir de esa manera gollerías.  
«Hermana Mariquita:  
espérame peinada y compuestita,  
lavadita y...» ¡Jesús, yo me sofoco!  
¡Todo a los frailes les parece poco,  
pues yo soy el guardián y la tomara  
sin que se compusiera ni lavara!

*Diálogo entre un tío y un sobrino*

Mandó a Madrid venir de la montaña  
un mercader ricacho a su sobrino  
para que se instruyese en la maña  
con que era en el comercio ladrón fino.  
Cuando llegó buscando la cucaña  
el tal montañesillo a su destino,  
tendría de catorce a quince años,  
edad en que el amor hace mil daños.  
A poco tiempo que en la corte estaba  
el tío le notó mucha tristeza,  
y aunque el joven por libras engordaba  
era de mal humor; y con presteza  
volverse a la montaña deseaba  
sin catar de su tío la riqueza,  
hasta que éste le dijo ya aburrido:  
– Muchacho, ¿por qué estás tan abatido?  
– Por nada.  
– Algo será; dime, ¿qué tienes?  
– Pues señor, yo a la tierra volver quiero.

– ¿Por qué con esa tontería vienes?  
– Porque yo antes que yo soy el primero.  
– ¿Y eso qué significa? ¿Que en mis bienes no te doy parte? ¡Dilo, majadero!  
– No es eso, lo primero solamente...  
– Bruto, explícate pronto claramente.  
– Pues yo, tío, estoy malo a lo que entiendo.  
– ¿Cómo, bribón? ¡Tan gordo y colorado!  
– ¡Ay, señor!, que la fuerza voy perdiendo.  
– Pícaro, habrás tu enfermedad buscado.  
– No es eso, ni el por qué yo comprendo; pero antes de que hubiese aquí llegado con una mano el bicho me tenía, y ahora le echo las dos y no hay tu tía.

### *Las penitencias calculadas*

Va a consultar a un padre jubilado  
un joven frailecito,  
de confesor ya aprobado,  
y empieza el pobrecito  
diciendo: – Yo quisiera  
que Su Paternidad norma me diera  
de aplicar penitencias competentes  
a toda calidad de penitentes,  
porque a las veces se me ofrece el caso  
de no saber salir, padre, del paso.  
– No se aflija por eso; tome y lea,  
que en este papel va lo que desea.  
Toma, se inclina y parte presuroso  
con muy grande alegría,  
y el manuscrito examinando ansioso  
encuentra que su título decía:  
«Lista de penitencias calculadas».  
Acelerando entonces las pisadas,  
a su confesionario marchó ufano  
sin dejar el cuaderno de la mano,  
y, según la tarifa, exactamente  
va despachando a todo penitente.  
Un *quidam* llega en esto y dice: – Padre,  
yo tengo una comadre  
alegre y juguetona de costumbre  
y hallándola ayer sola,  
el diablo, que no huelga, aplicó lumbre...

y por tres veces hice carambola.  
El fraile, oyendo tal, baja la vista  
y busca «carambolas» en su lista;  
y ve que manda: «Al par de carambolas,  
pues no es de general que vayan solas  
y hacer dos es corriente y ordinario,  
corresponde una parte de rosario».  
Pierde entonces la flema  
ante lo inesperado del problema:  
pues siendo tres, dos partes no les cabe;  
una es poco, y así qué hacer no sabe.  
Pónese a discurrir y determina  
una idea fácil y peregrina:  
– Vaya, le dice, y busque a su comadre,  
y que el hecho le cuadre o no le cuadre,  
la cuarta carambola hágale al punto,  
y por ésta y las otras de por junto,  
con mucha devoción y gran sosiego,  
dos partes de rosario rece luego.

### *Las bendiciones en aumento*

#### I

Reñía una casada a su marido  
porque no estaba bien favorecido  
de la naturaleza,  
y a gritos le decía:  
– Fue grande picardía  
que con tan chica pieza  
pretendieras casarte y engañarme  
puesto que no puedes contentarme.  
Marcha, marcha de casa,  
pues tu fortuna escasa  
te dio para marido sólo el nombre,  
y eres en lo demás un pobre hombre.  
En efecto, saliose despechado  
este infeliz al campo, contristado,  
y a muy poco que anduvo  
el buen encuentro tuvo  
de un mágico que al sol leyendo estaba  
y en su libro las furias invocaba.  
Luego que vio al marido,  
el mágico le dice: – Tú has venido,

amigo, a este paraje a lamentarte,  
mas yo te espero para consolarte.  
Por mi ciencia sé bien lo que te pasa,  
pero en breve a tu casa  
te volverás contento.  
Toma; ponte al momento  
en la derecha mano  
este anillo que tiene virtud rara,  
pues todo miembro humano  
que bendigas con él crece una vara  
a cada bendición rápidamente,  
pero, puesto en la izquierda, prontamente  
mengua lo que ha crecido  
por la mano derecha bendecido.  
Al punto el hombre, lleno de impaciencia,  
quiso hacer del anillo la experiencia:  
lo pone en su derecha, se bendice  
su caudal infelice,  
se le va aumentando de tal manera  
que, si el mágico a un lado no se hiciera,  
con él diese en el suelo,  
tan rápido estirón dio aquel ciruelo.  
Alegre, a su mujer volvió el marido  
y la dice: – Ya vengo prevenido  
para satisfacer tu ardiente llama;  
ven conmigo a la cama,  
pero encima de mí has de colocarte,  
para poder mejor regodearte.  
Sobre él luego se pone  
la mujer, y al ataque se dispone;  
y, viéndola el marido bien montada,  
echó la bendición premeditada...  
y otra... y otras corriendo, de tal suerte  
que, alzándola en el aire el miembro fuerte,  
la moza en él elevada parecía  
un esclavo que empalan en Turquía.  
Viéndose contra el techo así ensartada,  
pide al cielo favor. Entra asustada  
la madre, y viendo un cuadro tan terrible  
da un alarido horrible,  
diciendo: – ¡Santa Bárbara bendita,  
qué visión tan maldita!  
Venga un hacha que esté bien afilada  
para cortar un nabo de este porte.  
Mas la mujer repuso atragantada:  
– ¡Ay, no, madre, desteché, mas no corte!



## II

Ya se acuerda el lector de aquel marido  
que por mágico anillo socorrido  
clavó en su miembro a su mujer al techo;  
sepa también que, al cabo satisfecho  
de su esposa y vengado,  
en un medio dejó proporcionado  
el clavo monstruoso,  
viviendo en adelante muy gustoso,  
dándole aumento o merma en ocasiones  
con derechas o zurdas bendiciones.  
Paseándose un día alegremente,  
llegó junto a una fuente  
donde por diversión quiso lavarse  
las manos y en el agua refrescarse.  
La sortija encantada  
a este fin se quitó y allí olvidada  
entonces la dejó, sin que cayera  
en ello, ni su falta conociera.  
Fuese, finalizado su recreo,  
y a muy poco el obispo de paseo  
vino a la misma fuente deliciosa,  
y viendo una sortija tan preciosa,  
de tal hallazgo ufano,  
se la coloca en la derecha mano.  
Al tiempo que a su coche se volvía,  
un pasajero le hizo cortesía,  
a que el obispo corresponde atento  
con una bendición; y en el momento,  
saltando el alzapón de sus calzones,  
ve salir de sus lóbregos rincones  
un matamoscas largo de una vara  
que igual entre mil monjes no se hallara.  
Su Ilustrísima, al verlo, con el susto  
se empezó a santiguar como era justo;  
pero, mientras más daba en santiguarse,  
más veía aumentarse  
por varas a la vista  
su avión, sin saber en qué consista.  
Los pajes al obispo rodearon  
y a sostener el peso le ayudaron  
de aquella inmensa cosa,  
encubriendo la mole prodigiosa  
con todos sus manteos y sotanas;

pero estas diligencias eran vanas,  
porque, apenas un nuevo pasajero  
se quitaba el sombrero  
viendo el obispo, y él le bendecía,  
cuando otra vara el avión crecía.  
Por fin, cerca la noche,  
como mejor pudieron a su coche  
llevan al ilustrísimo afligido;  
pero, para que fuese en él metido,  
el cristal delantero le quitaron  
y así la mitad fuera colocaron  
de aquel feroz pepino,  
semejante a una viga de molino.  
A oscuras, muy despacio,  
al obispo llevaron a palacio,  
con mil mañas le ponen en su lecho  
y de la alcoba abrieron en el techo  
un agujero por que penetrara  
según su altura aquella cosa rara.  
La fama en breve lleva  
de unos en otros la terrible nueva  
del caudal que al obispo le ha crecido,  
hasta que, sabedor de ella el marido,  
de la sortija dueño,  
trató de recobrarla con empeño.  
Para esto en el palacio se presenta  
diciendo que es un médico que intenta  
menguar al ilustrísimo el recado,  
si un anillo le da que se ha encontrado.  
Admitiote el partido  
el obispo gustoso, y al marido  
entrega la sortija, el que, contento,  
en su siniestra mano en el momento  
la pone, y bendiciendo al buen prelado  
vio por varas su miembro anonadado.  
No quedaba al paciente  
ya más que aquel tamaño suficiente  
con que desempeñara sus funciones;  
pero viendo que a echar más bendiciones  
se disponía el médico oficioso,  
le ataja temeroso  
diciéndole: – Por Dios, que se detenga  
y no otra nueva bendición prevenga  
que me pierde con ella si porfía:  
¡Déjeme al menos lo que yo tenía!

*Los calzones de san Francisco*

A media noche muchos gritos daba  
una casada, y confesión pedía  
diciendo que a pedazos se moría  
de un cólico cruel que la mataba.  
Llamose a un reverendo franciscano  
que era su confesor, y de antemano  
estaba prevenido  
para coquifear a su marido  
y lograr sin peligro sus placeres.  
¡Qué no discurren frailes y mujeres!  
Luego que con la moza se halló a solas,  
se quitó el reverendo los calzones,  
y libre de prisiones  
la hizo sin respirar tres carambolas.  
Así que la purgó de sus pecados,  
dejando sus calzones olvidados  
se marchó a su convento,  
donde le aguó esta falta su contento.  
Contó el lance al portero claramente  
y le dejó instruido  
de una industria prudente  
que estorbare las quejas del marido.  
Entró luego en el cuarto de su esposa  
aquel buen hombre, y la primera cosa  
que halló en el suelo fueron los calzones  
del fraile, con muy puercos lamparones.  
Tomolos, conoció la picardía,  
y rabioso se fue a la portería,  
donde el bribón portero y el paciente  
tuvieron el diálogo siguiente:  
– Hermano, dígame, ¿qué solicita?  
– Que hablar se me permita  
al padre guardián.  
– Ahora no puede.  
¿Por qué?  
– Pues, ¿no sabéis lo que sucede  
a la comunidad?  
– Todo lo ignoro.  
– ¡Ay, hermano!, han perdido su tesoro.  
– ¿Cuál era?  
– Una reliquia peregrina  
por la que hay en el coro disciplina.

– ¿Cómo ha sido?  
– Esta noche la han llevado  
para una enferma y la han extraviado  
no sé de qué manera.  
– ¿Y qué reliquia era  
la que causa tan grandes aflicciones?  
– Eran de San Francisco los calzones.  
– No es el remiendo de la misma tela,  
muy bien pegado está, pero no cuela:  
yo traigo aquí guardados  
unos calzones puercos y sudados  
de un fraile picarón, que con vileza  
me ha compuesto esta noche la cabeza.  
Mírelos bien atento,  
dibujados con manchas de excremento.  
¿Le parece que un santo así tendría  
los calzones con tanta porquería?  
– Ésos son, el portero dice ufano,  
quitándoselos luego. Cese, hermano,  
¿cómo en su mente cabe  
tan injuriosa idea?  
¿Pues acaso no sabe  
que murió San Francisco de diarrea?

### *La peregrinación*

Iba a Jerusalén, acompañada  
de su esposo, una joven remilgada  
de carácter tan serio  
que, aparentando un santo beaterio,  
siempre que su marido la embestía  
inmóvil en la acción se mantenía;  
y él, creyendo que en ella  
duraba la vergüenza de doncella,  
su virtud respetando, trabajaba  
por entero la vez que la atacaba.  
Su peregrinación y tiernos votos  
iban ya a ver cumplidos los devotos,  
cuando, antes de llegar al feliz puerto,  
diez árabes salieron del desierto  
y en el ancho camino  
cogen al matrimonio peregrino;  
sin detención los dejan en pelota,  
y, viendo la beldad de la devota,

resuelven, sin oír sus peticiones,  
en su esponja limpiarse los morriones.  
Atan luego al marido,  
de vergüenza y de rabia poseído;  
a la mujer en actitud acuestan,  
y alegres manifiestan  
diez erguidos y gordos instrumentos,  
capaces de engendrar hombres a cientos;  
instrumentos que España no vio iguales  
sino en las observancias monacales.  
Miró nuestra heroína sin turbarse  
el diezmo musulmán que iba a tirarse;  
y al saciar del primero los deseos  
con volubles y rápidos meneos  
agitó su cadera de tal suerte  
que aflojó en dos por tres al varón fuerte.  
Según su antigüedad y sus hazañas  
sobre ella los demás pruebas extrañas  
de su vigor hicieron  
y con más prontitud vencidos fueron.  
Quedaba un musulmán de bigotazos  
que quitaba los virgos a porrazos,  
engendrador a roso y a velloso  
y eterno atacador del sexo hermoso.  
Éste, pues, embistió con la beata,  
ella en sus movimientos se desata;  
él se procura asir con fuerte mano  
y su giro burlar, pero fue en vano,  
que al choque impetuoso  
el árabe rijoso  
se sintió vacilante y, reculando,  
perdió su dirección allí luchando.  
Empeine con empeine compitieron,  
el choque repitieron,  
y al golpe la erección del moro bravo  
vino a quedar en un moco de pavo.  
Concluida de los árabes la empresa,  
marchan a toda priesa.  
La beata se levanta, se sacude  
y a desatar a su marido acude  
que, testigo infeliz de su trabajo,  
estaba pensativo y cabizbajo.  
Viéndole así su esposa,  
le animó cariñosa,  
diciéndole se aliente,  
pues es de Dios milagro muy patente

el haber con las vidas escapado;  
a que él la respondió: – Pues yo he pensado  
que el milagro le hicieron tus meneos  
que jamás han cedido a mis deseos,  
porque siempre me has dicho "si lo quieres  
ahí está, gózalo como pudieras".  
A que ella respondió enfurecida:  
– ¡Está buena la queja, por mi vida!  
¡Pues qué!, ¿me he de mover con un cristiano  
como merece un perro mahometano?  
No te hacía tan tonto:  
la mala gente despacharla pronto.

### *El panadizo*

Un gordo capuchino confesaba  
a una sierva de Dios que se quejaba  
de un panadizo fiero que tenía  
en un dedo ya mucho tiempo hacía,  
el cual, sin mejorarse con unguentos,  
cada vez le causaba más tormentos.  
El fraile, de su mal compadecido,  
la dijo: – Hermana, tenga por perdido  
el tiempo que se aplica  
asquerosos emplastos de botica,  
pues sé por experiencia  
que cuando se endurece una dolencia  
el remedio mejor para curarla  
es tratar de ablandarla  
metiendo aquella parte dolorida  
en paraje caliente;  
yo creo que en su cuerpo halle cabida  
para que el panadizo se reviente  
introduciendo el dedo en el *bujero*  
que bajo del empeine está primero.  
La devota, en el fraile confiada,  
puso su dedo en cura, y agitada  
por las varias cosquillas que la hacía  
al punto que allí dentro le metía,  
tanto incesantemente meneose  
que al cabo el panadizo reventose.  
Para mostrar su agradecido afecto,  
le contó al capuchino el buen efecto  
que su remedio había producido,

a que él la dijo entonces afligido:  
– ¡Ay, hermana!, que sea enhorabuena,  
pero sepa que yo sufro igual pena,  
pues tengo un panadizo pernicioso  
en el miembro precioso  
que las mujeres aman,  
en el dedo sin uña, así le llaman,  
y no tengo, ¡ay de mí!, para ablandarle  
sitio donde meterle y menearle.  
– Por eso, padre mío, no se apure,  
ella le dijo; pues por que se cure,  
a pesar del rubor, yo mi agujero  
prestarle agradecida al punto quiero.  
En efecto, a la cura que promete  
la devota se pone, y luego mete  
su dedo colosal el fraile dentro,  
y empujando y moviéndole en el centro,  
logró por fin de operación tan seria  
soltara el panadizo la materia.  
Sacó su dedo sano y deshinchado  
el fraile y, viéndole más sosegado,  
la devota le dice: – Padre mío,  
perdone a mi malicia un desvarío,  
pero yo le confieso francamente  
que al tiempo de la cura antecedente  
sospeché de su ardor y movimiento  
que atropellaba el sexto mandamiento.  
A que el fraile responde: – ¿Eso dudabas?  
Toma, si no es, no, ¿pues qué pensabas?  
Oyendo la respuesta decisiva,  
la sierva del Señor quedó suspensa  
viendo que su virtud madurativa  
era una grave ofensa  
del precepto de Dios; pero, no obstante,  
le replicó al instante:  
– ¡Aunque es culpa, su gusto satisfizo!  
Padre, ¿cuándo tendrá otro panadizo?

### *El sueño*

Vivían una vez, y va de cuento,  
en un chico aposento  
un pobre matrimonio con un niño,  
fruto de su cariño,

y una niña graciosa,  
que más que su hermanito era curiosa;  
los cuales con sus padres en un lecho,  
por no haber otra cama de provecho,  
juntitos se acostaban  
y a los pies abrigados reposaban.  
Una noche el marido,  
jugando al mete y saca, embebecido  
con su mujer, de tal ardor se inflama  
que entre los dos echaron de la cama,  
sin saber lo que hacían,  
al niño y a la niña que dormían.  
Despertaron del golpe dando gritos  
los tristes angelitos,  
y el muchacho, llorando sin consuelo,  
exclama: – ¡Ay, padre mío!, ¿por qué al suelo  
nos echa usted y madre a puntillones,  
cuando cabemos bien en los colchones?  
– Hombre, dijo el padre, no he podido  
libraros del porrazo, porque ha sido  
sin saber lo que hacía;  
con tu madre soñaba que reñía  
y tuve grande empeño  
en amansarla un poco con el sueño.  
Dijo y luego, enfadado  
por no haber el negocio consumado,  
fue a recoger sus hijos; y al meterlos  
en la cama queriendo componerlos,  
la muchacha, abrazándole llorosa,  
le tocó cierta cosa,  
y preguntó con mucho desenfado:  
– Padre, ¿qué es esto tieso que he tocado?  
– Es la mano del niño, respondióle  
el padre. Y la muchacha replicole:  
– No señor, que los dedos no le encuentro.  
– Suelta, los tiene vueltos hacia dentro  
porque el puño ha cerrado.  
– Y ¿a dónde, padre, se habrá mojado?  
– Niña, en la escupidera...  
Duérmete y no seas bachillera.  
Calló, atemorizada,  
la chica; pero como escarmentada  
estaba del dolor de la caída,  
no se quedó dormida.  
Y sus padres, rijosos y encendidos,  
creyendo que ya estaban bien dormidos



los chicos, la faena que dejaron  
por su golpe, de nuevo comenzaron.  
Sintiolo la muchacha y al chiquillo  
despertándole dice: – ¡Oye, Juanillo,  
agárrate bien fuerte, que con madre  
otra vez a soñar se ha puesto padre!

*El matrimonio incauto*

Un tejedor tenía  
de poca edad dos niños inocentes  
con los cuales dormía,  
por ser tan corto en bienes de fortuna  
que no había más cama ni más cuna.  
Una noche de frío  
se arrimó a la parienta su pariente  
por gozar del estío,  
pues a todo casado se permite  
que cuando tenga frío se lo quite.  
Empieza la tarea,  
y tan a pecho tómalala y tal brinca  
y tal se bambolea,  
que, al sacudir los pies el burro en celo,  
da con los chiquitines en el suelo.  
La madre, que lo nota,  
de la cama se tira, aunque rendida  
de volver la pelota,  
y al levantar sus hijos adorados,  
los encuentra a los dos descalabrados.  
Póneles balsamina  
y a la cama los vuelve cariñosa,  
cada cual a su esquina,  
diciéndoles que aquello ha sucedido  
porque estaba su padre algo bebido.  
Antes que amaneciera  
sintió el amigo gana de más coles,  
y la tal curandera  
se entregó a los placeres reiterados,  
sin echar cuenta en los descalabrados.  
El niño mayorcito,  
que notó de la cama el movimiento,  
dijo al otro, quedito:  
– ¡Agárrate al colchón pronto, muchacho,  
mira que vuelve padre a estar borracho!

## *La discípula*

Tiene su aprendizaje cada oficio,  
y le debe tener según mi juicio:  
en la forma que el fraile de novicio,  
cuando novio el casado,  
son muchos los deberes de su estado.  
¿No tiene aprendizaje el alfarero?  
¿Valdrá menos un niño que un puchero?  
No hay que aprender dirán: ¡Dios nos asista!  
Dígalo tanto padre moralista.  
La gran dificultad está en el modo,  
hablo yo en general de la enseñanza.  
Respecto a las mujeres, fuera chanza,  
se ha de tener presente, sobre todo,  
que deberá el maestro  
virtuoso, libertino, zurdo, diestro,  
amigo o enemigo,  
dar todas sus lecciones sin testigo.  
La experiencia está hecha,  
más de lo que se quiere se aprovecha.  
Escribiré al intento,  
dedicado a la madre, cierto cuento.  
Estaba un venerable religioso  
con cierta señorita  
proponiéndola a solas un esposo.  
Ni escuchaba la madre, ¡qué bendita!  
La historia cuenta que, con grande empeño,  
caritativo el fraile y halagüeño,  
procuraba vencer la repugnancia  
de la modesta niña. A tal instancia  
al fin pronunció el sí mirando al suelo.  
Con un modesto velo  
la explica el padrecito el matrimonio.  
Sánchez para con él era un bolonio.  
¡Oh!, sabía muy bien su reverencia  
que en el mundo confunden la inocencia  
con la ignorancia crasa,  
y que por eso pasa lo que pasa.  
La modesta novicia  
recibió con placer y sin malicia  
la primera lección completamente.  
La niña se aficiona,

cuando llegó a ponerla en un estado  
a que nunca ha llegado  
el más sabio Doctor de la Sorbona.  
Se ajusta, se apresura el casamiento.  
Cásase la doncella en el momento,  
y a los seis meses, breve,  
hizo lo que las otras a los nueve.

*El dios Escamandro*

Cuentan que un orador célebre en Grecia,  
mansión en otro tiempo soberana  
de cuanta ciencia humana  
el sabio mundo aprecia,  
quiso las ruinas visitar de Troya.  
Simón, su amigo, el pensamiento apoya,  
que aunque no es anticuario,  
antes por el contrario  
tiene su si es no es de tarambana,  
le entró no poca gana  
de ver tierra también; y suponía  
que el sabio ha de buscar su compañía.  
Parten los dos, y al término del viaje  
llegaron sin trabajos o incidentes:  
¡Qué vista para el sabio! ¡Oh, fiero ultraje  
de la edad y barbarie de las gentes!  
Donde Ilión su altísimo homenaje  
alzaba a las esferas esplendentes,  
hoy hallaron tan sólo pobre aldea,  
que ni remota idea  
da del gran pueblo antiguo desolado.  
El sabio, en sus recuerdos embriagado:  
¡Cómo!, decía, ¿ni el menor vestigio  
veré de la ciudad, que fue prodigio  
por mano de los dioses levantado;  
y abatido también por las deidades,  
pero cuyo prestigio  
pudo sobrevivir a las edades?  
¿Dó están las torres que Héctor defendía?  
¿Dó los campos, do Aquiles y Diomedes  
mostraban generosa valentía?  
Erudito lector, suponer puedes  
que el que así se explicaba,  
a la margen estaba

del Escamandro undoso,  
río que entre sus ondas sanguinoso  
arrastró rotos petos y celadas,  
a cabezas valientes arrancadas.  
Simón, que en antiguallas no repara,  
y su imaginación tiene en reposo,  
a otros objetos dedicarse ansiara,  
propios de un hombre material y ocioso.  
Llegó, pues, la ocasión. Fresca y sencilla,  
con una linda cara  
que hasta la misma envidia enamorara,  
llegó del río a la yerbosa orilla  
incauta jovencilla,  
que en traje y compostura  
parece una aldeana,  
lo cual no perjudica a su hermosura;  
al contrario, al viajante  
más impresión le ha hecho que si fuera  
remilgada y enclenque ciudadana.  
La hora terrible de la siesta era,  
que en Asia hace calor sabe cualquiera;  
que el calor importuno  
excita las eróticas pasiones,  
y aún las encienden más las ocasiones  
tampoco hay que explicárselo a ninguno.  
Allí, no muy distante,  
había entre el ramaje gruta oscura,  
asilo cierto contra el sol vibrante,  
en donde la inocente criatura  
las calurosas horas  
quiso pasar, juzgándose segura.  
Pero las seductoras  
ondas, que limpias a sus pies pasaban  
y a refrescarse en ellas convidaban,  
el calor, la galbana,  
de bañarse en la niña  
excitaron la gana.  
El viajero se esconde y escudriña  
aquellas perfecciones,  
que atizan el volcán de sus pasiones.  
¿Qué hará? Si mete ruido  
y espanta a la deidad, todo es perdido.  
Mas de cómo rendirla de repente,  
después que meditó por breve rato,  
van a suministrarle un expediente  
las creencias del tiempo mentecato.

¿No gozó a Dánae, en oro convertido,  
Júpiter atrevido?  
¿No hay otros mil ejemplos  
de dioses, venerados en los templos,  
que tras una mortal ciegos corrieron  
y madres las hicieron  
de ilustres semideos,  
que la tierra llenaron de trofeos?  
Manos a la obra pues, no hay que aturdirse;  
un dios de este jaez puede fingirse.  
Toma entonces Simeón los elevados  
aires de un dios acuático, ciñendo  
sus cabellos mojados  
de césped y espadaña,  
y toda su persona componiendo.  
Luego, con voz y entonación extraña,  
al gran Mercurio invoca,  
y a la deidad potente  
a quien cuidar de los amantes toca.  
La tímida muchacha que lo siente,  
aunque sencilla, ignora  
del mancebo la astucia disoluta,  
se atropella, se azora,  
y huye a esconderse en la profunda gruta.  
– Huyes del dios, la dice, de este río;  
ven, pues, Nereida, ven y no te escondas;  
que con ser dueño mío,  
serás también la diosa de estas ondas.  
Por ti la forma de hombre  
me he gozado en tomar, nada te asombre.  
Vuelve al río, dichoso  
en gozar de ese cuerpo delicioso,  
que aún más que su cristal puro es mi pecho.  
Ven a dejar mi anhelo satisfecho;  
y en pago estas riberas  
esmaltaré de flores  
que huellen esos pies encantadores;  
y a ti y tus compañeras,  
siempre que a ser mi esposa te resuelvas,  
ninfas haré del río o de las selvas.  
Nuestra joven, que estaba  
con la cabeza llena de otras tales  
hazañas de los dioses inmortales,  
no dudó que era un dios el que la hablaba.  
A ceder la deciden sin violencia  
su halagüeña elocuencia,

su grato continente y rostro amable,  
y, a decir la verdad que es bien palpable,  
un no sé qué de vanidad de moza  
que en superar a las demás se goza,  
flaqueza mujeril disimulable.  
En sus senos umbrosos,  
aquella gruta al sol impenetrable,  
teatro fue dulce de hurtos amorosos;  
y él la dio al separarse la advertencia  
de que a verle viniera con frecuencia,  
mas que a nadie su suerte revelara  
hasta que la ocasión se presentara,  
conforme a su deseo,  
de anunciar a los dioses su himeneo,  
cuando el cónclave sacro se juntara.  
Ella, ¡cosa bien rara!,  
el secreto guardó con gran prudencia.  
¡Qué mujer no se paga  
de contar un secreto que la halaga!  
Mas hagamos justicia a la heroína  
de nuestra historia cierta:  
siguiendo fiel la insinuación divina,  
calló como una muerta;  
y siempre que podía,  
esto es menos extraño,  
a la gruta venía  
a verse con su dios, después del baño.  
Mas cuando vino el frío,  
cansado ya Simón de hacer de río,  
poco a poco dejó la dulce gruta;  
que el amor se fastidia si disfruta,  
y veleidosos son, como traidores,  
los dioses del Olimpo moradores.  
La mísera insensata,  
viéndose ya olvidada, triste y mustia,  
sus facciones maltrata,  
y a los cielos acude con angustia;  
recorre con afán la selva hojosa,  
parte a la cueva que la vio dichosa,  
mil veces sale y entra,  
y por más que se mueve a nadie encuentra.  
Simón, que desde el punto  
que dejó de ser dios le descontenta  
esta tierra de Troya,  
y tiene algún barrunto  
de que puede salirle mal la cuenta

si llega a descubrirse la tramoya,  
quisiera abandonar tales regiones;  
mas entre tanto el sabio compañero  
emprendió excavaciones,  
por comprobar las fábulas de Homero;  
y héteme aquí con nuevas detenciones.  
Mi hombre vivió encubierto,  
como que su conciencia está intranquila:  
mas ¿cómo no tener algún descuido  
que en su contra aprovechen  
ojos que amor celoso despabila?  
Y así sucede; el diablo que es experto  
y tiene gran placer en meter ruido,  
cruzando él casualmente,  
dispuso que se halle  
a la esposa endiosada en una calle;  
en la cual, de repente,  
del pueblo se juntó la gente toda  
a ver pasar una lujosa boda.  
Héteme sin escape al pobre mozo.  
Ella, desde el momento  
que lo reconoció, con alborozo  
dijo, abiertos los brazos y en su seno  
echándose llorosa:  
– ¡Escamandro, mi dios!, si sois tan bueno,  
¿por qué dejasteis vuestra amante esposa?  
La gente que escuchó a la desdichada,  
luego soltó sonora carcajada;  
pero cuando se entera  
del vergonzoso caso,  
al mal fingido dios del pueblo fuera  
a palos arrojó más que de paso.  
Él escapó; la incauta, escarnecida  
en vista del engaño,  
de cada lagrimal soltando un caño,  
lloró toda su vida  
ser juguete de un pillo,  
cuando creyó con ánimo sencillo  
que daba a un dios su mano y su persona.  
¡Oh, vil superstición!, ¿y hay quien te abona?

*La procuradora y el escribiente*

De cierto procurador

se encontraba el escribiente  
trasladando el borrador  
de un pedimento algo urgente,  
por orden de su señor.

Iba con mucha atención,  
pero tiene el ama al lado,  
y estaba en esta ocasión  
tan templada, que al citado  
lo llenó de confusión.

Ya le daba con el codo,  
ya soltaba una risita,  
mas con tanta gracia y modo  
que, aunque el pobrete se irrita,  
tiene que sufrirlo todo.

De este juego resultó  
que echaba muchos borrones,  
y por último exclamó:  
– No dé usted más empujones.  
Y ella en risa prorrumpió.

Conociendo el escribiente  
a dónde se dirigía  
su intento nada prudente,  
la pluma con picardía  
coge, y la dice impaciente:

– Si usted de esta raya pasa,  
que yo señalo en el suelo  
y sus límites traspasa,  
aunque luego clame al cielo,  
ya verá lo que la pasa.

Ella al punto la pasó,  
y el escribiente malvado  
lo que ofrecía cumplió,  
y tomándola en sus brazos  
en la cama la tendió.

Lo que allí los dos harían  
ya se deja conocer,  
pues quietos no estarían  
ni dejarían perder  
la ocasión que conseguían.



El procurador tenía  
un chico de corta edad  
que estuvo con picardía  
mirando con seriedad  
cuanto el escribiente hacía.

Vino su padre a comer  
y fue inadvertidamente  
en la raya el pie a poner,  
y el muchacho, cuerdamente,  
sus pasos fue a detener.

– No pase usted adelante,  
le dice, porque a mi mama,  
por un paso semejante,  
el escribiente a la cama  
se la llevó muy galante.

El procurador estuvo  
suspenso por algún rato  
y, aunque algo remiso anduvo,  
por evitar un mal trato,  
de pasarla se contuvo.

### *La vieja y el gato*

Tenía cierta vieja de costumbre,  
al meterse en la cama,  
arrimarse en cuclillas a la lumbre,  
en camisa, las manos a la llama.  
En este breve rato,  
le hacía un manso gato  
dos mil caricias tiernas:  
pasaba y repasaba entre sus piernas.  
Y como en tales casos la enarbola,  
tocaba en cierta parte con la cola.  
Y la vieja cuitada  
muy contenta decía: – Peor es nada.

El avaro y su mujer

Un avariento casado  
a su mujer le decía:  
– Tú me cuestas cada día  
un doblón, ¡caro bocado!  
Cada mes te he visitado  
dos veces: en conclusión,  
cada vez a la razón  
de tres onzas.  
– ¡Lindo chiste!,  
dice ella. ¿Y en qué consiste  
que yo te salga a doblón?

### La vergüenza

En casa de un labrador  
vivían Blas y Lorenza;  
se profesaban amor,  
pero él tenía vergüenza  
y ella tenía rubor.

A la aurora en el corral  
se encontraron en camisa.  
El encuentro fue casual;  
cubriose ella a toda prisa  
la cosa con el pañal.

Turbado Blas desde luego  
se remanga el camisón,  
y de vergüenza hecho un fuego  
tápase con el faldón  
y como ella queda ciego.

Al huir tropieza Blas  
con la cuitada Lorenza,  
y... ¡válgate Barrabás!  
Yo también tengo vergüenza;  
o me atrevo a contar más.

### *Las hijas del pobre*

Tenía cierto pobre vergonzante  
una alforja detrás, otra delante,

y colocaba con cuidado en ellas  
a dos hijas muy bellas,  
que muchos para mover los corazones  
suelen valerse de tales aprensiones,  
o por mejor guardallas o escondellas.  
Le preguntó un curioso: – ¿Son doncellas?  
A lo que respondió como hombre ya maduro:  
– Por la que va delante lo aseguro,  
porque siempre a la vista yo la llevo;  
por la que va detrás, yo no me atrevo.

### *La mercadera y el tuno*

En un día muy festivo  
estaba una mercadera  
entada en silla poltrona  
a la puerta de su tienda.  
Su postura era chocante  
porque tenía ambas piernas  
demasiado separadas,  
y así con razón se lleva  
la atención de los que pasan.  
Entre todos uno llega  
que le dice: – Señorita,  
cierre *usté* luego la puerta,  
que hoy no se puede vender  
porque es de precepto fiesta.  
Conociendo la tal dama  
dónde el dicho se endereza,  
porque era bien advertida,  
respondió: – Señor Babieca,  
usted no sea ignorante,  
y para adelante sepa  
que estos postigos se abren  
tan sólo para las fiestas.  
Y el tunante la replica:  
– Si eso es lo que *usté* desea,  
avise y se las haré  
de la suerte que las quiera.

### *La confesión*

Confesándose un soldado  
dijo muy arrepentido:  
– Acúsome que he jodido  
un barril de bacalao.  
El fraile, muy admirado,  
le preguntó: – ¿Cómo ha sido?  
–Porque el barril he robado,  
en la plaza le he vendido,  
del dinero que me han dado  
varias veces he jodido,  
aunque no con gran exceso.  
–Toma, toma, dijo el padre,  
según eso,  
si se ajustan cuentas mías,  
también habré yo jodido  
más de cuatrocientas misas.

### *El brocal*

El pozo de los padres trinitarios  
tuvo brocales varios:  
ya de mampostería,  
ya de piedra de buena sillería,  
en fin de berroqueño le pusieron,  
el último que eterno ellos creyeron;  
pero tal faena de sacar agua  
en el convento había,  
que al año ya tenía  
el brocal una brecha grande y buena.  
– ¡Virgen!, el superior  
dijo al saberlo,  
que no sé ya de qué materia hacerlo  
para que no se roce o desmorone.  
Llamar al albañil en el momento  
a ver de qué dispone  
se haga el brocal al pozo del convento.  
El albañil llamado  
al punto fue enterado,  
y dijo: – Aquí lo que conviene  
es hacer un brocal como el que  
tiene mi mujer,  
que ha veinte años cabalmente  
que echo por él la sogá de frecuente  
con dos cubos que al par le han golpeado,

y ni una pizca se ha desmoronado.

### *El sombrerero*

A los pies de un devoto franciscano  
se postró un penitente. – Oiga, hermano,  
¿qué oficio tiene?  
– Padre, sombrerero.  
– ¿Y qué estado?  
– Soltero.  
– ¿Y cuál es su pecado dominante?  
– Visitar una moza.  
– ¿Con frecuencia?  
– Padre mío, bastante,  
sin poderme curar de esta dolencia.  
– ¿Cada mes?  
– Mucho más.  
– ¿Cada semana?  
– Aún todavía más.  
– Ya... ¿cotidiana?  
–Hago dos mil propósitos sinceros,  
pero...  
– Explíquese, hermano, claramente,  
¿dos veces cada día?  
– Justamente.  
– Pues, ¿cuándo diablos hace los sombreros?

### *La campanilla*

Preguntó en el Paular un forastero  
el uso de una grande campanilla  
que veía en el claustro; y el portero  
le respondió: – El oírla es maravilla,  
porque sólo se toca cuando fiero  
el tentador carnal los frailes pilla.  
A que el curioso replicó guiñando:  
– Pues, padre, estará siempre repicando.

### *La pulga*

Una noche ardorosa,  
después de haber cenado alguna cosa,  
la joven Isabela  
en su lecho acostada  
del todo despojada  
trataba de entregarse al dulce sueño.  
Mas una infame pulga la desvela  
picando con empeño  
ya el reducido pie, ya la rodilla,  
ya la rolliza y blanca pantorrilla.  
La joven, impaciente,  
echa inmediatamente  
su linda mano a donde piensa hallarla,  
y algo bueno daría por pillarla;  
pero el bicho maldito,  
sin dárselo ni un pito,  
cuanto más le persigue  
más salta, y brinca, y sigue con su empeño;  
hasta que Isabelilla, incomodada,  
con la sangre encendida,  
no pudiendo sufrir más la cuitada,  
salta fuera del lecho enfurecida,  
coge la luz, se pone patiabierta  
y en medio de las piernas la coloca;  
pero se vuelve loca  
y con la infame pulga nunca acierta.  
La ve mil veces, otras tantas huye;  
sobre ella pone el dedo, y se *escabuye*;  
que de aquí para allá siempre saltando,  
parece con la niña estar jugando.  
Ésta, por eso mismo más airada,  
jura la ha de pagar muy bien pagada,  
y con tan gran ahínco la persigue  
que, vaya a donde vaya, allá la sigue.  
A fuerza de luchar, casi perdida  
se halla al fin la insufrible picadora,  
y por ver si se libra, va y se mete  
en aquel lindo y virginal ojete,  
que tan dulces placeres atesora.  
La niña, entonces, más sobrecogida,  
más sofocada y con la sangre hirviendo,  
también el albo dedo va metiendo  
a ver si allí la encuentra;  
y a medida que lo entra  
y que hurga presurosa,  
halla una sensación tan deliciosa

que a continuar la excita,  
el dedo a toda prisa meneando  
hasta que, blanca espuma derramando,  
queda la pobrecita,  
la boca medio abierta y fatigada  
y los ojos en blanco y desmayada.  
Como, a pesar de todo, no saliera  
el bichillo infernal de su tronera,  
desde entonces apenas pasa el día  
que no le busque con igual porfía.

*El miedo de las tormentas*

En todos los tiempos hubo algún amante  
nota que solamente digo "alguno"  
que pudo ser tenido por constante;  
pero en cuanto a ser fieles,  
preciso es confesar que no hay ninguno.  
Es desconsolador, triste, aflictivo,  
mas si no se hace adrede con pinceles  
en todo el universo hallarás uno.  
Se puede aconsejar el paliativo  
de atarse los amantes uno al otro,  
o usar aquel anillo del demonio  
que usó Carvel durante el matrimonio;  
pero la asiduidad es siempre un potro,  
y el fastidio la sigue sin remedio.  
Elige, pues, entre uno y otro medio.  
La historia con que voy a divertirte  
te hará ver cómo debes conducirte.  
En una casa rica y de linaje  
servía una doncella  
y, pues ya el consonante dice ella  
lo bella que era, referir no quiero  
cuánta beldad celaba su ropaje;  
mas no puedo dejarme en el tintero  
decirte que tenía  
un galán a quien tierna recibía  
en su lecho, callada y diestramente;  
y una noche que estaban olvidados  
del mundo, con mil besos embriagados,  
estalla una tormenta de repente,  
horrísona, espantosa,  
que aturde a la doncella temerosa;

da en pensar que los cielos encendidos  
por sus pecados van a consumirla.  
¿Qué mucho que Isabel tanto temiera,  
si era su edad de veinte no cumplidos  
y a más era mujer, cual si dijera  
devota y pecadora todo junto?  
Un nuevo trueno acaba de aturdira,  
y huyendo de la cama sale al punto  
sin que el galán consiga disuadirla.  
– ¡Queda, queda con Dios, fatal amigo,  
y no pretendas escapar conmigo,  
que, huyendo de la culpa, ansiosa corro  
a ocultarme en un sótano profundo!  
¡Es Dios el que irritado  
os amenaza al ver nuestro pecado!  
Y echó a correr, y el otro en un segundo  
durmió como un cachorro.  
Durmiendo viene el bien, dice el proverbio  
del vecino francés; y así le vino  
al susodicho abandonado amante,  
que, apenas el indino  
un sueño saboreaba tan soberbio,  
siente una mano suave... luego un brazo...  
luego una pierna... un beso acariciante...  
– ¡Qué!, ¿duermes, Isabel? Y un nuevo abrazo  
acabó de incendiar al ex dormido.  
Una niña de quince había caído  
como del cielo, al lado del tunazo,  
quien su suerte bendice,  
mientras con voz dulcísima le dice:  
– ¿Cómo desnuda así, dime, te acuestas?  
¿Qué tienes, Isabel, que no contestas?  
¿Has perdido la voz? A ti, sin duda,  
lo que a mí te sucede: que los truenos  
miedo te han dado, ¿es cierto?... ¿sigues muda?  
– No, no, pero el temor..., dice en voz baja  
la fingida Isabel. – Ya van a menos  
los relámpagos, vuélvete de frente.  
¡Jesús, qué trueno! ¡El cielo se desgaja!  
Y esto diciendo estrecha fuertemente  
con los brazos al mozo, que la enlaza  
con los suyos y el cuerpo al cuerpo anuda.  
Cuán difícil, lector, en tal estado  
sería de mujer tener la traza,  
ya tú lo consideras. – ¡San Conrado!,  
grita la niña, ¡cómo!, ¿qué he tocado?



¿Eres monstruo, Isabel?, porque me acuerdo  
que yendo con mi madre por el río  
una tarde, vi en él una persona  
con una cosa igual, ¡bien lo recuerdo!,  
y al preguntarle... a ti te lo confío  
que mucho me agradó considerarlo,  
respondiome mi madre: "Gran simplona,  
ése es un monstruo horrible; ni mirarlo  
se puede". No creí fuera tan mala  
cosa que así la vista nos regala.  
¿Serás monstruo también, amiga mía?  
– ¡Oh, no!, responde quedo el mozalbeta,  
es el miedo que tengo.  
– ¡Cómo! ¿El susto...?  
– Sucede algunas veces.  
– No sabía...  
¿Conque el miedo...?  
– Es capaz de cualquier cosa,  
y al pobre a que acomete  
hay vez que ha convertido en lobo o grulla,  
en cuervo o en raposa;  
a mí me ha resultado aquí esta puya.  
La inocente muchacha tragó el cuento;  
mas el hado en aquél mismo momento  
los truenos arreció con tal bramido  
que la pobre, asustada, va a acogerse  
a los brazos abiertos de la amiga  
y, para más a gusto guarecerse,  
una pierna por cima le ha subido...  
Júntanse, al fin, barriga con barriga...  
¿Qué harías tú, lector, en tal postura?  
Lo que él: aprovechar la coyuntura.  
– ¿Dónde lo metes?, dice la inocente;  
¡qué singularidad!, ¡qué justo viene!  
Parece que lo han hecho expresamente...  
No pudo decir más; que tartamuda  
la lengua da señal de lo que tiene  
y la voz que perdió la deja muda.  
Hace el amor su juego tan a gusto  
que redoblan los truenos los temores  
y sucede un asalto a cada susto.  
Empero, como al fin somos mortales,  
el miedo se le acaba o los ardores  
a la falsa Isabel. ¡Y es diferencia  
que hay del hombre a los dioses inmortales:  
que en aquél es muy corta la potencia

y en éstos, más felices, es eterna,  
lo cual hace su dicha sempiterna!  
– ¡Cómo!, amada Isabel, ¿no tienes miedo?,  
¿no turban ya tus lánguidos sentidos  
los truenos repetidos?  
¡Ay, mi Dios!, ¡yo, por mí, parar no puedo!,  
¡ten miedo, Isabelica!, ¡teme un poco!,  
¡este trueno es atroz, nos pulveriza!  
– No, amiga mía, no; todo es ya en vano:  
ya no me atemoriza  
el ruido de los truenos, ni tampoco  
suena ya tanto; duerme, pues, querida,  
que ésta ha sido una nube de verano.  
La niña, resentida,  
vuelve la espalda y quédase dormida;  
el mozalbete, en tanto, bien quisiera  
imitar a la bella, de cansado  
que estaba; mas ocúpale el cuidado  
de escaparse, que así son los amantes:  
¡tan prontos por marcharse a la carrera  
cuanto para llegar lo fueron antes!  
Tomó el trote por fin. La otra doncella,  
dando gracias al cielo y a su estrella  
porque en trance tan fuerte  
escapó del peligro de la muerte,  
tranquila ya, subió de su escondite  
y, al par que el miedo pierde a la centella,  
el acceso amoroso la repite.  
¡Ignora la infeliz su mala suerte!  
A su cama se vuelve con descoco  
y, creyendo abrazar al ser querido,  
en los brazos estrecha a la que ha poco  
con él perdiera el himen y el sentido.  
– ¿Duermes, pregunta, amor del alma mía?  
¿Es posible que el miedo...?  
– ¡El miedo, el miedo!,  
exclama la novicia, ¡oh, qué alegría!  
¿Te ha vuelto? Deja, a ver si te lo toco.  
Mas, ¡qué dolor! ¡Ay, Dios! ¡Si se está quedo!  
Aunque busco, Isabel no te lo encuentro;  
¿será que se ha quedado todo dentro?  
La infeliz Isabel luego adivina  
el caso todo, y busca con su mano  
la prueba material que tanto teme;  
o le queda ya duda: el inhumano,  
provisto de una buena culebrina,

entreabriole al postigo medio jeme.  
El disgusto que tuvo la doncella  
se deja concebir bien fácilmente;  
y con qué saña y qué furor la bella  
acusa de inconstante al pobre ausente,  
sin pensar que la culpa estuvo en ella;  
que el mismo san Pascual, aun siendo un santo,  
en ocasión igual haría otro tanto.

### *Las beatas*

Madre e hija con su manto  
devotas al templo vienen,  
no eran aquellas que tienen  
devoción con algún santo.  
La madre al divino canto  
atiende, y cuando el tenor  
*computas* dijo al cantar  
exclamó: – Mi dicha es fija,  
mira que nos llaman, hija,  
vamos al altar mayor.

### *El inquisidor y la supuesta hechicera*

A un viejo inquisidor es presentada  
una hermosa mujer, que de hechicera,  
sin más motivo que la envidia fiera,  
ante su tribunal fue delatada.

Al tenor de los cargos preguntada,  
los niega todos. Mas con voz severa  
la comprimía el juez de tal manera  
que la infeliz mujer, ya sofocada:

– Ilustrísimo, dice, esto es lo fijo;  
yo de hechizos, señor, entiendo nada,  
éste es sólo el hechizo que colijo,

dice, y alza las faldas irritada.  
Monta él las gafas, y al mirarlo dijo:  
– ¡Hola, hola!, ¡pues no me desagrada!

*El abad y el monje*

Reprendía un abad a un perezoso  
monje que a los maitines no asistía,  
y con ásperas voces le decía:  
– ¿Qué efecto, hermano, tan escandaloso

producirá en cualquiera religioso  
su negligencia? Copie lo que hacía  
todo un rey, un David. ¡Con qué alegría,  
con qué afecto tan tierno y fervoroso

a medianoche el lecho abandonaba  
para orar al Señor!  
– Sí, bueno, bravo;  
no hay diferencia, el monje replicaba.

–¿Y cuál?, ninguna. ¡La pregunta alabo!  
¿Cuál?, que David volvía y se encontraba  
con Micol, yo me encuentro con mi nabo.

*La gallega*

Casó Maruxa, gruesa gallegota  
de luenga agitantada catadura,  
con Domingo Chaveila, tal ventura  
se celebró con zambra y con chacota.

Hubo gaita, garrote, danza y bota  
que festejó la posesión futura  
y ella, caliente, finge una apretura  
para irse a la cama sin dar nota.

Despídese la turba lastimada,  
y ella, sus atavíos deponiendo,  
toda la cama ocupa esparrancada.

Él la dice: – *Muller, eu non intiendo*  
donde acostarme.  
– ¿*Non?*, dice agitada,  
pues ella propio *sellu* está diciendo.

*El pastor enamorado*

El joven Melibeo  
guía su rebaño  
por la frondosa orilla  
de cierto río tortuoso y claro.  
Al pie de una alta haya,  
en el sombrío campo,  
se sienta, y le rodea  
paciendo mansamente su ganado.  
En el cantar, maestro,  
y en la zampona, sabio,  
sus versos pastoriles  
entona diestramente acompañado.  
Mirlos y ruiseñores  
dulcemente, entretanto,  
aumentan la armonía  
que repiten los valles y collados.  
Del agua hermosa y pura  
la cabeza sacando,  
una ninfa le escucha  
y vuelve a sumergirse de contado.  
A las hondas cavernas  
del cristalino caos  
baja y a sus hermanas  
llevó las nuevas del vecino prado.  
Con un fuego lascivo,  
diestramente nadando,  
se acercan a la orilla  
y muestran sus gargantas de alabastro.  
La dulce melodía,  
la hermosura del campo,  
los árboles frondosos  
con la hierba y las vides enlazados.  
De fresca sombra lleno  
el suelo, en flores vario,  
la suave fragancia  
que esparce en la ribera el viento manso.  
Todo esto que las ninfas  
en silencio admiraron  
las convida a que dejen  
las claras ondas por el verde prado.  
Y con un pie ligero,  
más que la nieve blanco,

entre frondosas vides  
a la agradable sombra se ocultaron.  
Atentas escuchaban;  
mas entonces, mudando  
sus versos Melibeo,  
de esta suerte prosigue con el canto:  
– Ninfas que a la salida  
del cristalino baño  
mostráis la gentileza  
de esos cuerpos desnudos y lozanos,  
¿por qué entre verdes hojas  
os ocultáis? ¿Acaso  
teméis la competencia  
de Nise, la hermosura de estos campos?  
¡Ah, quién la viese ahora  
libremente en el prado  
marchar como una ninfa  
sin saber que la vieses los humanos!  
Veríais ya, ¡oh, qué rostro!,  
¡qué talle tan gallardo!,  
¡qué blancura de cuerpo!,  
no a vosotros, a Venus la comparo.  
Entonces sus cabellos  
flotantes y poblados,  
por el cuerpo esparcidos  
los pondría por velo su recato.  
Entonces escondido  
yo estaría aguardando  
que el viento mansamente  
corriese el velo de su pecho blanco.  
Y entonces... ¿y si entonces  
se arrojase al ganado  
algún astuto lobo  
a Nise acudiría o al rebaño?  
Responda Melibeo  
al poeta, y en tanto  
nadie entregue sus cabras  
al pastor que estuviese enamorado.

### *El fraile y la monja*

Hallándose cortejando  
cierto fraile a una monjita,  
mientras que la requibraba

le enseñaba su pi...  
su pipa con que fumaba.

La monja, como era lega  
y profesaba al otoño,  
rabiaba por darle entrada  
y le enseñaba su co...  
su copo con que ella hilaba.

El fraile, como enojado,  
la dijo con disimulo:  
– No fuera malito, hermana,  
soplárselo junto al cu...  
al cubo que saca el agua.

La monja, como agraviada,  
le dijo sin agasajo:  
– Váyase el fraile a la mierda  
que le cortase el cara...  
el caracolito que rabia.

### *El cura y el muchacho*

En la crítica ocasión  
de estar ayudando a misa,  
le dio un terrible apretón  
a un muchacho con tal prisa  
que le puso en confusión.

Volvió el pobrete la cara,  
y a otro rogó tiernamente  
que su lugar ocupara,  
y que en lance tan urgente  
aquella misa ayudara.

– Es el diantre que no sé,  
dijo el otro.  
– No hay cuidado,  
de eso nada se te dé;  
quédate aquí arrodillado,  
que yo al punto volveré.

Marchó, pues, y en tanto el cura  
*dominus vobiscum* dijo;

y la pobre criatura  
le miró con rostro fijo,  
quedando inmóvil figura.

El cura llegó a pensar  
que el chico no le había oído;  
repitió y volvió a mirar,  
y él le respondió afligido:  
– Ya viene, que ha ido a cagar.

### *Antonio y Pepa*

*Si yo he de quererte bien,  
vamos a hacer por aquí  
aquello que te pedí,  
si no se acaba el Belén.*

Antonio con Pepa hablaba  
en su jardín cierto día,  
y una cosa le pedía  
que Cupido la mandaba;  
pero ella se la negaba  
con rubor, susto y desdén,  
y, usando de amor el tren,  
le dijo con loco exceso:  
– Antonio, no me hables de eso,  
*si yo he de quererte bien.*

Instó Antonio en la gustosa  
petición que Amor dictaba,  
y ella un sí y un no le daba  
entre risueña y llorosa;  
mas, asustada y medrosa,  
le dice: – Gente sentí,  
huyamos pronto de aquí.  
Y él, aliviando su fe,  
le dice: – Nadie nos ve,  
*vamos a hacer por aquí.*

Mas viéndola titubear,  
de la mano la tomó,  
y entre si consiente o no  
se fue dejando llevar,  
– Que acomodado lugar,



dice él, tenemos allí;  
vente, pues, detrás de mí;  
dime Pepa ¿puede haber  
otro mejor para hacer  
*aquello que te pedí?*

En el enredo amoroso  
por fin la Pepa cayó,  
y aunque infinito lloró,  
Antonio se hizo dichoso.  
Depuesto ya el ceño honroso,  
halagüeña y sin desdén,  
le dice: – Antonio, mi bien,  
desde hoy serás mi embeleso;  
vamos otra vez a eso,  
*si no se acaba el Belén.*

#### *Soneto de Manuel*

Ardiente una muchacha el otro día,  
en tanto que su madre en misa estaba,  
llena de miedo y turbación dudaba  
si a su amante Manuel se lo daría.

Temiendo si preñada quedaría,  
entre darlo y no darlo vacilaba,  
y el valiente mozuelo la animaba  
diciendo que al venir lo sacaría.

Fueron tan poderosos los ataques,  
que consiguió, por fin, verla en el suelo,  
y dijo al derramar de los zulaques:

– Qué suave es la sustancia del ciruelo;  
por tu vida, Manuel, no me la saques,  
y más que llegue la barriga al cielo.

#### *Soneto a Nice*

No te quejes, oh Nice, de tu estado  
porque te llamen puta a boca llena,

pues puta ha sido mucha gente buena  
y millones de putas han reinado.

Dido fue puta de un audaz soldado,  
a ser puta Cleopatra se condena,  
y el nombre lucrecial, que tanto suena,  
no es tan honesto como se ha pensado.

Esa de Rusia emperatriz famosa  
que fue de los carajos centinela,  
entre más de dos mil murió orgullosa;

y pues ya lo dan todas sin cautela,  
haz tú lo mismo, Nice vergonzosa,  
que esto de honra y virgo es bagatela.

### *La melindrosa*

Señor don Juan, quedito, que me enfado.  
¿Besar la cara?, es mucho atrevimiento.  
¿Abrazos?, ¡ay, Jesús!, no lo consiento.  
¿Cosquillas?, no las hay por ese lado.

¿Remangarme?, ¡ay, Juanito!, ¿y el pecado?  
¡Qué malos sois los hombres!... pasos siento.  
¿No es nadie? Pues, bien, vaya en un momento;  
mas ¡cuidado! no venga algún criado.

¡Jesús, qué loca soy! ¡Quién lo diría  
que con un hombre yo...! ¿Cómo cristiana?,  
que ya de puro gusto... ¡ay, alma mía!

¡Traidor, déjame, vete...!, ¿aún tienes gana?  
Pues cuando tú lo logres otro día...  
pero, Juanito, ¿volverás mañana?

### *La semana*

El lunes me encontré a Juana  
y por ventura, aquel día  
para estar una semana  
se fue a casa de su tía.

Díjeme: – Salada mía,  
yo de irte a ver tengo gana.  
– ¡Ay, señor!, ¿qué se diría?  
Pero... venga usted mañana.

Martes al amanecer  
voy donde amor me convida,  
píntola mi padecer,  
díjeme: – ¡Mi bien, mi vida,  
yo te adoro, yo estoy loco!  
¿No me respondes, tirana?  
– Caballero poco a poco,  
eso se verá mañana.

Miércoles fue para mí  
el más venturoso día,  
Juana con un tierno sí  
confesó que me quería:  
– Dame esa guirnalda en prenda,  
que tu fe no será vana.  
– No señor, mas no se ofenda  
yo se la daré mañana.

El jueves de mirto y rosa  
el nuevo ramo prepara  
y aún permitió cariñosa  
que en su pelo reposara.  
– ¡Ay, Dios!, sufre que tu mano  
temple el ardor que me afana.  
– Para mano aún es temprano,  
ya se la daré mañana.

El viernes su mano bella  
entre las mías estrecho;  
mas como amor atropella,  
aún no quedo satisfecho.  
– Juana, la dije, yo muero  
si un beso mi mal no sana.  
– ¿Un beso?, tanto no quiero,  
quédese para mañana.

El sábado amor me guía  
a la dicha que me toca,  
lo que prometido había  
a mi apetito provoca.  
Del labio al seno de nieve

amor la senda me allana,  
cuando... ¡hola!, ¿cómo se atreve?  
Eso se verá mañana.

El domingo, enardecido,  
iba yo Dios sabe dónde,  
esto y aquello le pido,  
mas la pícara responde:  
– Que durante la semana  
se trabaje es linda cosa;  
pero en la Iglesia romana,  
el domingo se reposa.

### *Dora y Dido*

Casóse Dora la bella  
con Dido, y Dido intentó,  
la noche que se casó,  
hacerle un hijo, hijo de ella.

Como pasó mala noche  
aquella en que fue casada,  
se levantó al otro día  
con toda la cara ajada.

Desde que le vio su padre  
con el semblante perdido,  
enojado le pregunta:  
– ¿Quién te ha casado, hijo Dido?

Un hijo piden a Dora  
los de su casa cantando,  
y Dido le dice a Dora:  
– ¿Hijo piden?, hijo damos.

Para pan y para aceite  
a Dora y Dido pidieron,  
y fueron tan liberales  
que con gran despejo dieron.

### *Coplas del pájaro*

El pajarito, madre,  
después que me picó,  
me ha dejado burlada.  
¡Ay de mí, qué dolor!,  
el pájaro ya voló.

El pájaro era blanco,  
travieso y juguetón,  
de pluma crespada y negra,  
con pico de arrebol.

Estando yo solita  
en mi cuarto se entró,  
y mil dulces tonadas  
al punto me cantó.

En ellas me decía  
con grandísimo ardor,  
que si le acariciaba  
me mostraría amor.

Acogile en mi falda,  
mil besos le di yo,  
pero el pícaro luego  
a mi frente saltó.

De allí se fue a los ojos,  
a la nariz pasó,  
besando las mejillas  
en mi pecho posó.

¡Cuántas blancas caricias  
en él me prodigó,  
volando y revolando  
por todo alrededor!

Cada vez más travieso,  
los labios me besó,  
y la punta del pico  
en ellos me metió.

¡Ay, cuánto forcejeaba  
el pícaro bribón  
por encajarle todo,  
mas le dije eso no!

Él era porfiado,  
blando mi corazón,  
y tantos sus halagos  
que por fin le metió.

Pero no sólo el pico,  
también el cuerpo entró  
menos las alas, y eso  
porque muy gordas son.

### *Quintillas*

De las entrañas de un roble  
salió una dama modorra;  
quiso estirarme la po-bre  
una pluma de mi gorra  
para vestirse de hombre.

En mi enfermedad interna  
no sé qué remedio elija;  
tengo tan larga la pi-erna  
que me maltrata prolija  
si el tiempo no lo remedia.

Fui a verla el otro día,  
se estaba peinando el moño;  
me convidó con su co-che  
para pasar a Logroño,  
a dormir aquella noche.

Con tu cintura delgada  
tú pasas fuertes trabajos,  
pues te hartas de cara-coles,  
y si los guisas con ajos  
te han de salir los colores.

Ahí os entrego a millares  
mis camisas y calzones,  
también mi par de co-llares  
para que en admiraciones  
adornen vuestros altares.

Pasé a verla de mañana

y estaba matando un sapo;  
me puse a mirar su pa-dre,  
que limpiaba con un trapo  
su carita de vinagre.

Los amantes de violón  
que violaron vuestras hijas  
mandan les corten las pi-ernas  
porque no sean prolijas  
y las echen a un rincón.

Yo tengo una dama hermosa  
de condición absoluta;  
ella me parece pu-so  
por bajo precio la fruta  
acomodándose al uso.

Con vuestros ojos ponéis  
en prisión los corazones,  
y agarrando los co-géis  
con los dulces eslabones  
de las redes que tendéis.

Tu nariz copos deshechos,  
tus mejillas dos macetas,  
¡quién se viera entre tus te-chos  
con dos luces por planetas  
y dos pomas a los pechos!

Es tu boca de azahar,  
tus labios belfo madroño;  
y es tan blanco tu co-ral  
que lo matizó el otoño  
a imitación del rosal.

Al pintar tu rostro bello  
tosco es el pincel más chulo,  
porque es tan blanco tu cu-ello  
que los cristales anulo  
y las nubes atropello.

Tu pie de nieve destapa  
ágil el pincel más guapo,  
y es tan singular tu pa-ta  
que en un punto la destapo  
y en un jazmín se dilata.

¡Ay, mi niña, si al pintarte  
miraras hacia acá abajo  
y me vieras el cará-cter  
que hizo en mí tu perfección  
cuando comencé a pintarte!

No me juzgue amor pelota  
al contemplarme bisoño,  
porque me muero por co-ta  
y no hay soldado en Logroño  
que empine mejor la bota.

Batallas, no, amor, revoques;  
sal al encuentro y me abrocho,  
mas si no me das el cho-que,  
a soldado sin bizcocho  
¿de qué le sirve el estoque?

Cansado me llegué a hallar  
de un pie que pensé en perder,  
y de continuo ho-llar  
ya no me puedo tener,  
mas siempre te he de adorar.

Aunque en pie la duda esté,  
prevente al instante, hija,  
que voy a meter mi pi-e  
en la primera vasija  
que tu belleza me dé.

Si ardo en lumbres infinitas  
del amor llamas internas,  
allá voy, abre las pi-tas,  
haremos cuerdas eternas  
por ahorcarme necesitas.

Vida y muerte vibra impía  
tu mano, cura mi anhelo,  
porque no hay mejor ciru-gía  
que el contacto de tu cielo  
y de tus luces el día.

No imagines que despierte  
otro ardor ya para amarte,  
porque tengo de empren-derte,



o la vida ha de costarte  
o yo tengo de perderte.

*Décimas*

Una fe con testimonio  
del pecado original  
tendrá, alma virginal,  
la noche del matrimonio.  
No divise a Marco Antonio  
Tácito, que vas perdida;  
llora mucho por tu vida,  
cena poco por tu alma,  
y para ganar la palma  
o haya lámpara encendida.

Ten tu lecho conyugal  
con su mancha de artificio,  
penitente sacrificio  
sobre el ara original;  
haya suspiro mortal,  
y si Adán cogiera a Eva,  
que toda fruta se prueba  
en el jardín de la vida  
dile con ansia afligida:  
– Ay, señor, ¿dónde me lleva?

Si la piadosa madrina  
al tálamo te llevare  
y al esposo llamare,  
dile: – Señor, no soy digna;  
mas si el pobre determina  
no parecer impotente,  
dile con mucho dolor:  
– Misericordia, Señor,  
que soy cordera inocente.

Que con esto y con callar,  
suspirar y presumir,  
llorar, dudar y gemir,  
el pobre la ha de tragar;  
y si no quiere pasar  
el agosto por abril,  
para aliviar tu fortuna

di: – No hubo virgen ninguna  
después de las once mil.